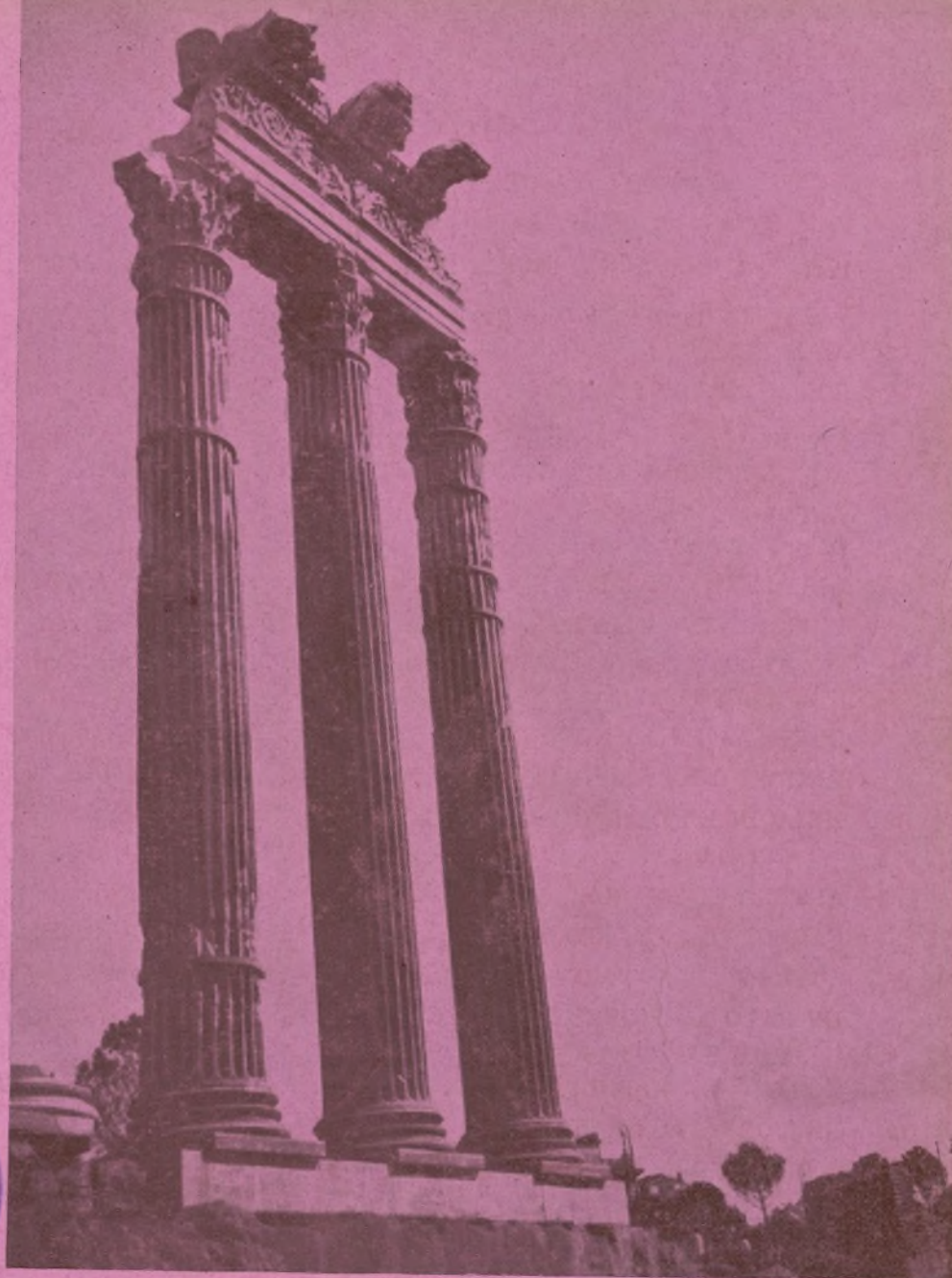


18

751



EVOCACIÓN DE ROMA

# Càucēs

REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid



# INDICE

Portada: EVOCACIÓN DE ROMA . . . . .	<i>Margara Muntaner.</i>
Editorial: HACIA UNA EUROPA NUEVA . . . . .	«Cauces».
AL ENCUENTRO DE MÍ MISMO . . . . .	<i>José María Hernández Rubio.</i>
COLEGIATA DE CERVATOS (Exaltación). . . . .	<i>Juan José Fernández.</i>
PAISAJE . . . . .	<i>M. Barroso Hernández.</i>
AQUEL PERIODISTA QUE SE HIZO ALFÉREZ . . . . .	<i>F. Gómez de Travededo.</i>
ANTOLOGÍA DE MANUEL GARZÓN GALLEGO. («Cruz» «Adiós a Gabrielle D'Annunzio»)	
ÚLTIMA CARTA A MANUEL GARZÓN . . . . .	<i>José de las Cuevas.</i>
BIENAVENTURANZA DEL ALFÉREZ ANGÉLICO.	<i>Luis de Barja.</i>
EN TORNO AL ALMA DE VENECIA . . . . . (Fotografías de la autora)	<i>Margara Muntaner.</i>
CONSIGNA EN LA NOCHE DE AGOSTO. . . . .	<i>Julio Estefanía.</i>
HIMNO DE LA ABUNDANCIA . . . . .	<i>José María Pemán.</i>
HE AQUÍ EL DIÁLOGO DEL PECADO Y DE LA GRACIA . . . . .	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
ANTENA LITERARIA . . . . .	«Cauces».
CAMPO, VIÑA, MOSTO Y SOL . . . . .	<i>Luis Pérez Solero.</i>
SOMBRAS: BARBEY D'AUREVILLY. . . . .	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
UN RATO A «ESQUELETOMAQUIA» . . . . . (Esqueleto musical de Andrés Segovia: Carlos Rajel)	<i>F. de los Ríos y de Guzmán.</i>
EL OTOÑO DEL POETA. . . . .	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
BIBLIOGRAFIA . . . . .	<i>Luis de Barja.</i>
«CONTORNOS», de <i>Sebastián Souvirón.</i>	
«LOS REINOS DE SECRETA ESPERANZA», de <i>Carlos R. Spiteri.</i>	
«LA SIERRA DE CÁDIZ EN LA LITERATURA», de <i>P. Pérez Clotet.</i>	

FOTOGRAFADOS  
DE  
«FOTO CASTILLA»  
VALLADOLID



## EDITORIAL



# Hacia una Europa nueva

Suelto, en torno a la voluntad de cuatro hombres, ha sonado, bajo la noche de Munich, el viento de la verdad y la justicia histórica de Europa. Todo tenía, en las horas precursoras de la Conferencia, un sabor de gesta sin estallar; pero de gesta lograda. Porque era indudable que el viento primero sonaba a guerra. Una implacable guerra de lo espiritual y eterno frente a lo material y momentáneo: por eso, en las estrellas de Munich, dejó desgarradas sus fuerzas el lobo asiático de la voluntad de Rusia.

Alemania, despojada al fin de la guerra europea, de parte de sus entrañas; debilitada en la integridad de su territorio, ha surgido, ancha y milagrosa, tendiendo al mundo su palabra de paz, manteniendo su voluntad de justicia con la gallardía de una postura varonil y serena.

El acuerdo último habido en torno al problema sudeta, ha probado una vez más a los enemigos de nuestra civilización de Occidente, que los pueblos fuertes y atléticos del continente viejo, deseaban el equilibrio estable y vivo de sus hombres, atados, por el justo sentido de la Historia, en el anhelo de un mismo servicio y una esperanza idéntica.

La rígida postura del Führer alemán ha sido el ejemplo para todos, enlazada, en el mismo deseo de solución pacífica, a la comprensión elegante de Mr. Chamberlain y Mr. Daladier, y a la suprema genialidad étnica de nuestro siglo, Benito Mussolini, brazo y llama de la romanidad y del Imperio.

La posibilidad de una guerra ha sido deshecha. Al filo de una tensa madrugada de septiembre, en cuyos albores estaban clavados nuestros ojos, los cuatro estadistas de Europa, hombres asistidos de una buena



voluntad, han sentido, en sus almas, toda la inquietud sagrada de los hombres, en esta hora solemne y apasionada de las grandes evoluciones políticas hacia el concepto totalitario y robusto de los regímenes de gobierno. Occidente ha triunfado otra vez sobre la barbarie. Rusia — refugio del hielo de las vidas — gemirá, en la desesperación de sus cadenas prolongadas. No tendrá, sin convulsión hacia nosotros, más vida que la del crimen y del hambre; más atmósfera que la de los látigos fríos y desnudos.

El viento asiático ha cesado. Su silbo, rojo, turbio y amarillo; silbo de condensación de todos los rencores, ha quedado, herido, contra las claras estrellas de la noche germánica. Retorna a nosotros la seguridad de una paz estable y duradera; y nuestras almas se elevan al Altísimo en una emocionada acción de gracias y merecimientos. Porque andaba en vilo el pensamiento, bendiciendo el eje sacro de Roma, madre del mundo, y nuestras banderas se han alzado por todos los caminos, aclamando al renacimiento espiritual de Europa, que vuelve a ese concepto litúrgico y grave de la vida militar, apasionada y perfecta.

Y ya, frente a esas frías manifestaciones hostiles de Moscú, habrá entre nosotros la quietud geométrica de los brazos alzados, y el afán de una vida amplia y fuerte, en la que todos los hombres, unidos por el vínculo de una paz sagrada, sabrán bendecir a pleno mediodía, en campos y talleres, en aldeas y ciudades, en altares y caminos, con los pies firmes y la mirada en alto, la perseverancia con que los cuatro jerarcas políticos de Europa han ido celebrando, día por día, hora por hora, la Conferencia de Munich, ya hecha, lograda, perfecta, y arrancada de cuajo, a plena flor, por la mano de Dios, de la noche alemana y decisiva.

«CAUCES»



## *Al encuentro de mí mismo...*

Hay días, horas, momentos, que se paran en el tiempo, y aparece uno mismo frente a todo... Se toca uno, se ve, en una emoción que corre a través de nuestra alma en el escalofrío de un pensar o de un sentir. Nuestro yo y el mundo, o mejor nuestros "yos" y el mundo se hablan y discuten en el tiempo, y surge de pronto algo que está en nosotros fuera del tiempo mismo, algo que estaba ya en potencia en nuestro ser y que quedará ya ahí en el correr de días y años, y que el tiempo sólo ha sido la condición para que nos "encontremos".

Y así, a medida que pasa el tiempo nos vamos hallando "más hechos", en tanto en cuanto más veces se para el suceder, y aparecemos quietos en la vida para impresionar la fotografía de una postura de nuestro ser y seguir andando después hasta volvernos a parar en otra nueva postura fundamental.

Esas posturas quedan ya para siempre, en una idea, en un sentir, en una manera de ser, que a veces se ocultan durante algún tiempo,—como un Guadiana humanizado,—para volver a salir a luz en otro momento de la vida.

Y mientras mayor número de veces se para el tiempo para nosotros, más hechos, "más nosotros mismos" nos vamos encontrando, plasmándose nuestra radical manera de ser, aunque ésta sea la paradójica de ser precisamente de una manera determinada, o de ser de un modo múltiple y trágico... surgiendo a la luz en el brillo de un poema o en la claridad tranquila de un pensar, nuestros problemas íntimos, a los que domina y aparece en todos ellos más o menos fuertemente como el motivo de una sinfonía el problema fundamental de cada uno que vive y lucha...

Yo quiero hoy dar al aire algunos de esos momentos "parados" de mi vivir, que a nadie interesan más que a mí, pero que es una necesidad vital de los hombres el decirlos a los cuatro vientos,—aún las cosas más íntimas,—y lo mismo que cuando estamos enamorados y estamos buscando la menor ocasión en la conversación para hablar de nuestra amada, así hacemos con nuestra vida, de la cual todos estamos enamorados, y siempre queremos decir algo de ella incluso para criticarla porque hasta sus defectos nos gustan y los ponemos, es cierto, como defectos, pero teniendo la debilidad (?) de creer que son defectos originales...

Aquí en nuestro "Cauces", que salió,—no sé—, en una mañana clarísima de cristales, siendo también, de cristal múltiple y puro de poesía, y que ha ido cada vez más en sí,—como yo—, hacia su meta, la estrella de su idea, lográndose como los niños, pero con la juventud perpetua de su anhelo de ser la letra pura y llena de músicas que nace en las almas sensibles, apasionadas y trágicas...

Nada hay más inexacto que el creer,—con Wilde—, que el convertirse en espectador de la propia vida es salvarse de los padecimientos terrenales.

Se podrá uno amar más y despreciar más intensamente, pero nunca salvarse de los padecimientos terrenales, precisamente porque conociéndose se padece más.

En cada uno de nosotros hay dos. ¿Qué interés iba a tener si no el vivir?

Yo, a veces, me pregunto: ¿soy un idealista, un universalista, un totalitario, o un personalista que anhela la bella paz abandonada?

Pero no. Soy los dos, el uno y el otro, y en esa lucha entre los dos "yos" está la tragedia mía y de casi todos...



¿Qué sería de mí si no hubiera esa lucha?

No viviría. Sería un "se muere".

Mas unas veces domina uno de mis "yos" y otras el otro, pero sin aniquilar a su contrario, que siempre le pone el obstáculo luminoso y fuerte de su propio ser.

Y es el más grande placer el presentar el "yo" opuesto al paisaje o la época. Oposición que en el individuo de personalidad muy acusada es instintiva, para no dejarse arrastrar y ser absorbido por el contorno o ambiente.

En cambio el individuo sin personalidad es el ambiente o uno sólo de sus "yos". El otro no existe ni existe tampoco el resto del ambiente que no es precisamente el que le rodea... Y va así caminando por caminos asfaltados entre dos tapias blancas.

Quisiera ir, guiado por lo inalcanzable, hacia un puerto al que no me interesa propiamente llegar, sino que lo definitivo del viaje es el camino y el barco.

En la cárcel se puede oír con placer íntimo a Beethoven o incluso a Juan Sebastián Bach. Lo que produciría hondo sufrimiento sería escuchar a Chopin o a Mozart, almas enamoradas de la libertad y de los demás hombres.

¿Qué hay en el dolor profundo que hace bondadosos a los hombres?

No lo sé. Pero es indudable que el dolor produce una alegría infinita en el alma que hace suponer que sea el precisamente su estado de salud perfecto, y existe un deseo de perdonarlo todo, de no hacer sufrir a los demás y no considerarse juez de nadie.

Yo no tengo mediodía. Sólo viven en mí la mañana, la tarde y la noche.

Me molesta la plenitud ardiente y anhelo el desear del amanecer. Quisiera ser el viento de una mañana infinita.

Luego el nostálgico volver de la tarde, durmiéndose en sueños de lo que no se tiene. Se vive así al borde mismo de la vida casi como un espectador o un oriental nihilista y quieto.

Y la noche... el anegarse en uno mismo y la llamada luminosa de una estrella. Existe una paradoja de la insatisfacción de los anhelos satisfechos y los deseos hechos carne... mediodía del alma y el cuerpo.

Cuando los hombres hacen a uno una mala jugada, se mira de un modo anhelante alrededor para ver si se encuentra algo superior donde asirse, para ponerse inmediatamente a su servicio. Entonces es cuando se aprecia que hay efectivamente más que simplemente hombres.

Pero esto superior no es en estos casos algo que los abarque comprendiéndolos, como por ejemplo la Humanidad, sino algo superante distinto de cada uno de ellos y de su conjunto y que la existencia de los hombres depende de ese algo.

Estoy con Stendhal cuando dice que una mujer pertenece realmente al hombre que más la quiere y mejor. Yo añado: Y viceversa. Pero lo importante es que se encuentren.

No hay nada tan lleno todos los días de nuevo interés como ser espectador del mundo y de los demás hombres. Pero lo que supera a esto es ser público de sí mismo, actor y espectador al mismo tiempo.

J o s é M . <sup>a</sup> H E R N Á N D E Z - R U B I O

Alhucemas. 1938. - III.



# COLEGIATA DE CERVATOS

## EXALTACIÓN

Toda tú, Colegiata, en el paisaje de esmeralda y zafiro escuchando los cantos de los blancos lirios.

Toda tú, en los salmos de los juncos, dichos para tí con sus tiernas gargantas.

Toda tú, en el son de tus campanas reales cuando tocan el ángelus sentido y callado.

Porque así lo quieren la luna de Abril y los ángeles rubios que guardan tu bautisterio.

Porque así lo desean las rosas de nácar y las ramas sagradas de olivos del Sur.

Porque así, Colegiata, lo piden la flor y el pájaro, el regato y el cantar que se pierde en el eco.

Cuando los trigos se doren en las planicies adustas, y las cigarras enciendan sus cantos al sol del mediodía.

Cuando el recental lance al cielo sus primeros balidos.

Cuando la tímida cierva oculte su espanto entre las ramas de adelfas, y las estrellas entretejan coronas de violetas y hojas de acanto eterno.

Cuando los árboles del huerto tengan los frutos maduros, y las canciones no queden prendidas en las zarzas, ni las ovejas añoren amores amargos.



Tú eres armoniosa y serena, y sabrás de los rezos en las horas de triunfo.

Tú eres eterna, Colegiata de Cervatos, como los son el reposo de los campos sembrados y el descanso de la sombra del haya.

Tú eres la canela, y prestarás tu fragancia a las flores marchitas hoy ausentes en tus altares señeros.

Toda tú acudirás en las tardes triunfales con laurel de victoria, con mirtos y hojas de vid.

Toda tú asomada en la noche, sabrás las tonadas del cantar de los vientos.

Toda tú, Colegiata, cuando en los verdes pinos dancen las frases jugosas en las tardes triunfales.

Es así el sentir de los mares, y del ángel que eleva hacia el cielo el cáliz de ensueño.

Y un día de triunfos sonoros, cuando el labriego lleve uncido el yugo a los bueyes de plata, y las encinas duerman su sueño de estrellas, te coronarán, Colegiata de Cervatos, de magnolias del Sur, las hijas del Sol.

J u a n   J O S É   F E R N Á N D E Z

Reinosa, 1938. — II Año Triunfal.

“La Patria es aquello que, en el mundo, configuró una gran empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, sabores y colores locales.”

JOSÉ ANTONIO



# PAISAJE



Quietud. Una inmensa quietud en las caras amigas. Silencio de soledades absolutas. Nubes que el viento nos trae y se lleva hacia otros mundos lejanos, dejándonos un círculo de inviernos en la sangre.



Permanente voz del paisaje en la noche falta de estrellas. A media luz, cantando, nuestros ojos quisieran adivinar la presencia de las madres y de las novias, quietos en el duro sabor de la tierra recién llovida de pólvora.



En esta dilatación de tierra tan igual, tan a lo vivo del espíritu, Dios divide: poesía y materia, para que nosotros pensemos más y más en las estrellas. Dijérase, así, a plena noche, que cada uno sueña con su estrella de alférez antes de acudir a la convocatoria oficial. Porque la juventud española está enamorada de la disciplina y de la meditación.



Quietud. Una inmensa quietud en las caras amigas. En la noche alta, oscura, brilla nuestra fe en los parapetos de España.

Y todos los santos aplauden nuestro gesto y nos ofrecen sus alas desplegadas de oro.

Dios, Dios, Dios,.....

Absoluto. Sobre el monte. Con los brazos abiertos. Y hacia Él un camino directo, como una llama parada.

Permanente voz del paisaje en la noche falta de estrellas y norma en la quietud de nuestros ojos callados.

España.

Madre España.

Como una sagrada forma de nueva vida en la ilusión de los brazos heroicos.

M . B A R R O S O H E R N Á N D E Z

(Granada. 2.500 metros sobre el nivel del mar.)



## Aquel periodista que se hizo Alférez

A Manuel Garzón Gallego; hermano de ruta,  
en la misma tarea y en el mismo afán.

No hace ni quince días que paseaba por el asfalto de Algeciras, el orgullo de su uniforme radiante: tubos, espuelas, sahariana.

Traía de Riffien lo que traen todos; finura, prestigio, entusiasmo.

—¿Qué tal la Academia?

—Formidable.

—¿Y la jura?

—Formidable.

Todo era formidable para el arco de sus diecinueve años de sueño, tensos en promesas de ambiciones heroicas.

No tenía el orgullo de la jerarquía en la cabeza, pero sí, el aplomo del mando en el pensamiento y en el corazón.

—Bueno, ¿y ahora qué vas a hacer?

—Ahora nada; esperar que me llamen.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Eso no fué lo que quedamos.

Quedamos en que irías a la «Plata» y por el cuartel de Falange; quedamos en que humillarías con la estrella a todos los que a tí te humillaron; quedamos en que aplastarías con tus espuelas, a los imbéciles, a los murmuradores, a los resentidos, a los que pensaron y dijeron muchas veces que tú no serías Alférez nunca.

Quedamos en que harías que se te cuadraran.

Quedamos en que...

—Bueno, pero he pensado que no vale la pena.

—¿Filosofía, mi Alférez?

—No, teología mejor: *Ecclésiastés* (I-2).

«Vanidad de vanidades».

Otro día lo encontré frente a un escaparate.

—Voy a comprar un libro.

—Cuidado mi Alférez.

El se reía.—No, no; se puede leer y disparar tiros. Se puede avanzar con un tomo de poesías en la mano y tomar por asalto una trinchera si es preciso.

Armas y Letras. Cervantes lo decía; lo difícil es guardar el equilibrio.

Yo no seré como los demás. No trataré como a mí me trataron. En mi Sección habrá corazón y cortesía.

Suprimiré el vocabulario grueso; te lo aseguro.

—¿Escribirás?

—Ahora no; cuando esto se acabe sí. Una novela.

—¿Fiel a las letras?

—Sí, los dos carnets están juntos, mira, el de Alférez y el de periodista.

La despedida rápida, serena, sencillísima.

Nada de patetismos ni de escenas.

Acaso un poco rara, un poco literaria a fuerza de quererla hacer al borde de la literatura.



había puesto en su alma aspiraciones infinitamente superiores, a esas proporciones enormes que asustaban a la artista.

Y el Misterio adorable de la Eucaristía, le llenaba de un asombro, de una gratitud sin límites. ¿Qué creencia pudo nunca rendir culto a su Dios, sacrificándole como víctima a ese Dios mismo?

La Eucaristía, era la síntesis armoniosa de todos los dogmas, la cúspide de ese edificio in-conmovible que es la Iglesia, consecuencia lógica, corolario fatal, si se acepta la premisa de la existencia de Dios; de esa existencia que no es posible negar según confesión de Angelita, sin estar loco.

Cansado, transido del frío de la tumba, pero tranquilo, sereno, se levantó y salió de la capilla. A su paso, una sombra se movió en el saloncito-sacristía, y se dispuso a seguirle.

—Pero, Laura, ¿qué hacías ahí, mujer?

Su tono era dulce, afectuoso...

—Esperaba al Señor... Como el Señor no ha cenado todavía, y es ya tan tarde... Es casi la madrugada...

Javier no quiso dar a la vieja criada el espectáculo de sus íntimos sentimientos, y se hizo servir en su gabinete, una cena ligera, fría, y una taza de té.

Mientras le servía, Laura le contó que Angelita estuvo esperándole largo rato en el comedor, antes de sentarse a la mesa.

Como tardaba tanto, comió sola—no quiso que avisaran al Señor—y se encerró en sus habitaciones.

Laura decía que hasta la media noche, Angelita estuvo arreglando sus ropas y sus alhajas, y escribiendo unas cartas. Ella lo había visto todo bien, porque no pudo resistir la tentación, y se asomó por la pequeña cristalera que había sobre la puerta de entrada. Por cierto, que la curiosidad y el azoramiento, estuvieron a punto de derribarla de la escalera que se vió obligada a utilizar.

—¿Será que se va, Señor?—se atrevió a preguntar al marqués.

Pero Benalgar no contestó, y la vieja salió a la galería, acariciando entre sus manos arrugadas, el rosario que siempre llevaba en un bolsillo del corpiño de lana, y besando su cruz de madera y plata, que le regaló un misionero, enriquecida con no sabía ella cuántas indulgencias.

## XXVII

—Acércate, Javier. Tenemos que hablar.

Se acercó Javier al ventanal abierto sobre el parque de Lis. Sus ojos oscuros se bañaron en el mar de luces que la artista agitaba en un cofre tapizado de seda. Angelita se enorgullecía de sus alhajas, y las cuidaba siempre con un mimo infinito, acariciándolas, contemplándolas una y otra vez, como el creyente enamorado de un rito. Le encantaba el oriente de las perlas, las labores antiguas del oro y el platino, y sobre todo, la luz purísima de aquellos brillantes, que valían una fortuna regia... Las iba limpiando suavemente, con una gamuza muy fina, y las guardaba en los estuches, pulidos, como conchas marinas.

Mientras, hablaba al aristócrata, con voz cálida, llena de una honda emoción:

—¿Qué mañana!, ¿verdad? El aire tiene una transparencia como de milagro. ¿Por qué no haces unos versos? El paisaje es de los que siempre te inspiraron. ¿Oyes los ruidos del jardín? ¿No te marea un poco el perfume que sube hasta nosotros?

No, no le mareaba aquel aroma apagado de nardos y rosas, mezclado con el tímido olor de las primeras violetas. Era un perfume lejano, que saturaba el alma de una paz inefable, bien distinto de ese otro, incitante y cargado, de la Primavera.

Insinuó Angelita, con aquel acento dulzón, que antes era irresistible para él:

—¿De veras no te inspiras?



Se apoyaba en su brazo, y le estrechaba una mano, fingiendo vacilaciones que no sentía, es-  
cudándose en una ingenuidad encantadora.

Callaba el marqués de Benalgar, como ajeno a la voz temblorosa que le asediaba, hundidas  
sus potencias en el encanto del jardín...

Angelita dobló la cabeza sobre el hombro del aristócrata, y lloró, vencida por una congoja  
que le apretaba el pecho, con punzadas dolorosas:

—Otra vez te pierdo, Javier... Y ahora, quién sabe si ya para toda la vida...

Había tanta sinceridad en el acento, tanta amargura y desesperación, que Benalgar sintió su-  
birle a los labios una angustia trágica, una compasión caballeresca y altiva:

—No. ¿Por qué se te ocurren esas cosas? Me tienes a tu lado; te quiero como nunca...

—¡Ay, no! Te conozco y sé que te gustaría engañarme, para no hacerme sufrir... No creas  
que me quejo; no es nada inesperado lo que me pasa.

El fué a protestar, pero ella le puso la mano en la boca, y no le dejó excusarse.

—Hace unos días, la tarde aquella de nuestra última discusión religiosa, en la terraza, com-  
prendí que me jugaba tu amor al azar. Odiaba tus fantasmas; hasta entonces, hice por re-  
huirlos, pero aquella tarde los desafié, con la loca ilusión de vencerlos. Te veía combatido  
por ellos, asediado, y los desafié antes de que te esclavizaran por entero. Y me vencieron,  
Javier. Como en tantas otras ocasiones te vuelven a arrastrar, y me alejan de tí. Ellos y yo,  
somos dos mundos irconciliables; jamás tendrás paz si no te decides, si no eliges con una  
voluntad implacable... Y tú, para vivir, y sobre todo para morir,—óyelo bien, Javier—para  
morir, necesitas acabar ese duelo formidable que hay dentro de tí.

—No hablemos de esos fantasmas. A fuerza de odiarlos, te acosan tanto como a mí.

—Porque nos separan... Son las sombras que nublarán nuestra dicha.

—No hablemos de ellos—repitió con desaliento.

—Sí, sí. Hay que matar esta agonía, y yo no quiero ser una dificultad en tu conversión... No  
quiero que me aborrezcas.

Se detuvo. La respiración anhelante le alzaba el pecho con un temblor vivísimo. En sus ojos  
negros había un brillo como de fiebre. Ahogando la lucha enorme que en su interior se li-  
braba, exclamó:

—Me voy, Javier. Me voy muy lejos. En América me esperan el fervor y los aplausos de  
unos públicos que me adoran hasta el fanatismo. Vuelvo a mi vida, a la vida que me embria-  
gaba antes de conocerte. Sólo por tí la dejé, porque sólo tú encendiste en mí la hoguera de  
esta pasión infernal que me consume. Sé que no hay otro hombre como tú, que no seré jamás  
lo feliz que he sido a tu lado. Porque tú eres el mito que yo soñé y que jamás creí alcanzar.

—¿Por qué nos conocimos, Angelita? Yo también te soñé, y de no habernos conocido, se-  
guirías siendo para mí, esa sombra imposible que acaba siéndonos íntima, familiar, y deja  
así de sernos un tormento.

—No te arrepientas. Vivamos en adelante del recuerdo. Y si algún día superas tus combates  
desvaneciendo tus fantasmas, o te entregas, cobarde, y los traicionas, piensa que son ellos  
el único obstáculo que hay en nuestro camino. Y volveré. Entretanto, no olvides que yo pre-  
fiero perderte, antes que seguir esta guerra atroz.

Sé miraban a los ojos, en la claridad templada de la mañana otoñal, perfumada y serena, un-  
gida de un silencio solemne...

Todo el pasado surgía en una cabalgada fantástica, cuajada de sombras, de chispazos ruti-  
lantes, que brillaban, un punto, en sus cerebros y se apagaban, para ser sustituidos por otras  
sombras y otros chispazos.

Eran luces rojas, de un azul eléctrico, de un verde cárdeno, blancas, con una blancura que  
lastimaba la vista, y martilleaba las sienes y desvanecía la cabeza. El vértigo enloquecedor  
del último segundo de vida consciente, y de ese instante, en que se rompen en las almas, la-  
zos más fuertes que la vida.

(Se continuará)



## BIBLIOGRAFÍA

**"CONTORNOS".—Poemas de Sebastián SOUVIRÓN.—Málaga, 1938.—Prólogo de José María Pemán.**

Dedicado con la camaradería que ya de antiguo es peculiar en Sebastián Souvirón, hondo amigo, animador incansable, estímulo perenne de nuestra Revista en la bella ciudad de Salvador Rueda, nos llega a las manos este libro del director de "SUR", atalaya nacional-sindicalista en la costa española, voz alzada en el viento andaluz, brazo tenso en el músculo de cantar a España y bandera alegre contra los aires.

"CONTORNOS", haz de poemas de contextura clásica en el fondo, aunque de sabor modernísimo en la agilidad de la forma, es un acierto en todo. En la intimidad del tamaño, que tiene aspecto de breviario de capilla para rezar a la hora del alba; en el trazo de cada uno de los versos, suaves, lentos, con esa agilidad de señorío con que el pensamiento de un poeta verdadero sabe adentrarse, buscándola, en el alma de cada uno de los que saben leerlo. Así, por ejemplo, ese magnífico poema: «Pasas tú...» o esa espléndida elegía en honor de los Caídos, o la gracia de ese cielo de Cádiz que se vistió de torero o la agilidad granadina (¡Ay, Sacro Monte!...) de aquel romance dedicado a los muertos en la tarde del Jueves Santo, tal vez lo más expresivo y popular que haya escrito Sebastián Souvirón en verso.

En la nueva Literatura de España, "CONTORNOS" ocupará un lugar destacado en ese rincón amable, donde mañana nuestros hijos leerán las gestas de los forjadores de la España imperial. Y dirán, con Sebastián Souvirón: "...Y Dios estuvo allí".

**"LOS REINOS DE SECRETA ESPERANZA".—De Carlos Rodríguez Spíteri: Imprenta DARDO, Málaga, 1938.**

Este amplio poema del buen poeta malagueño Rodríguez Spíteri, antiguo colaborador de la revista "ISLA", está dividido en tres partes, tituladas: *Con la flor en la mano, Dentro de la Soledad, Antes que lleguen las sombras...*

Es un alarde de formas nuevas. Leed, verso por verso, estas estrofas:

*Tu nombre, tu recuerdo, tu presencia,  
es detenerse en la noche,  
es no saber ya acompañar a ninguna mujer.*

de la primera parte mencionada. Tienen una fuerza en la metáfora viva y extensa, que nos hace, dentro del alma, repetir su música.

*Todo te sigue al andar, los arroyos, la noche,  
la sombra fiel al árbol y la espada,  
y la lágrima que se confunde en la nieve.*

Nos da una extraña sensación de otoño. Esos tiempos cerrados y grises en que recordamos, con nostalgia, los años primeros de la vida.

Y repetimos, para nosotros...

*...todo te sigue al andar, los arroyos, la noche...*

Todo gira ante tus ojos, mujer que has sabido inspirar ese maravilloso poema, de contextura exótica para la Preceptiva, pero de una libertad que no desgrana la intensa disciplina interior con que está concebido.

Bienvenido a nuestras páginas, Carlos Rodríguez Spíteri. Y le enviamos nuestra cordial acogida por este bello poema, del que se ha hecho una muy cuidada impresión de 150 ejemplares numerados, uno de los cuales hemos tenido la fortuna de recibir, amablemente dedicado por el poeta malagueño.



**"LA SIERRA DE CADIZ EN LA LITERATURA".—Discurso de P. Pérez Clotet, pronunciado en su recepción como Académico de la Hispano-Americana de Cádiz. Tipografía Salvador Repeto: 1937.**

Pero PEDRO PÉREZ CLOTET, nuestro dilecto amigo, llegó a la Academia Hispano-Americana de Cádiz, con los máximos honores. Ya en el discurso del Académico protector D. Manuel Martín de Mora, puede leerse, con detenimiento, el estudio detallado que hace de la personalidad del poeta de "TRASLUZ", y a través del cual analizamos toda la vida literaria de Pérez Clotet. Porque si llegar a una Academia es coronar la subida de un camino, entrar en ella con los méritos de Pérez Clotet es alcanzar la cumbre conservando el aliento amplio y henchido para continuar en ella. Toda la trayectoria poética de Pérez Clotet es una línea recta.—SIGNO DEL ALBA, TRASLUZ, A LA SOMBRA DE MI VIDA,— con el viento fuerte y ancho de su tesis doctoral, puesta en el centro del camino, para aquellos que entendían que la lírica, como posibilidad perenne de crear, estaba reñida con la erudición. Cuando se tiene contextura literaria, verdadera potencia de imágenes y una inteligencia clara y abierta, capaz de todas las pruebas, se salta de la poesía al estudio y se retorna, de nuevo, con la frente abrasada, a la intimidad y a la canción. Lo que no puede explicarse nunca es el ánimo poético que se encierra en los dos metros cuadrados de sus habituales inspiraciones, y no desciende jamás al hontanar para ofrecernos el agua que sólo ellos debieran recoger. Pérez Clotet tiene una obra rotunda, lograda. Tres libros poéticos, serenos, de buena poesía, suficientemente comentados ya para que nosotros volvamos ahora sobre sus páginas, un estudio admirable de la POLITICA DE DIOS, de Quevedo, y este discurso bellísimo, prodigio de citas amables, recogidas todas, como un cancionero popular oculto en la vena del olvido, por su pluma ágil, desasida de los tópicos, honradamente bella y noble.

LA SIERRA DE CADIZ EN LA LITERATURA ofrece, como primer valor que lo destaca entre todas las recepciones académicas que conocemos, la originalidad del tema, y la forma de exponerlo. Porque no escogió uno de esos temas áridos, inacabables, con que se suele buscar la postura obligada de transformador de la lengua madre. Sino un tema que vivía en el ambiente abrupto de la sierra. En la hondonada de esa bella sucesión de pueblos—Ubrique, Benaocaz, Villaluenga, Grazalema—que tanto han influido en la vida del poeta gaditano. Y ha sabido abrir el comentario al viento de la serranía y cerrarlo completo, terminado, como una perfecta simetría artesana.

Este nuevo libro se lleva a los paseos lejanos de la ciudad. Yo he sentido, hechas realidad viva, casi todas las frases y giros de Pérez Clotet:

Dice en la página 40 del texto:

"Y conocer la Sierra gaditana, es saber de la reciedumbre física y moral de sus habitantes, de su austeridad y laboriosidad, de su amor a su tierra, de su profunda religiosidad, de su espíritu vivo y despierto".

"De su profunda religiosidad...": es cierto, profundamente cierto y bello esto que afirma Pérez Clotet. Porque en las claras mañanas del andar por la serranía de Cádiz, ellos, los hombres, que van por sus caminos, a la labor o de regreso de la era, dicen, con los ojos iluminados de mansedumbre, el sereno "A la paz de Dios...", que nos llega tan hondo y perfecto, en la soledad del camino. Profunda religiosidad que el poeta ha sabido captar como nadie en esa su diaria comunión con el aire y la serenidad de la sierra.

El discurso-contestación del Académico D. Manuel Martín de Mora, es una pieza literaria, sentida, generosa, abiertamente amable. En ella muestra su júbilo por la llegada del nuevo Académico y felicita a todos los compañeros de tarea, porque Pedro Pérez Clotet

aporta a la Corporación su juventud unida a su claro talento, del que tantas pruebas nos tiene dadas.

Nosotros, viejos amigos y camaradas en la Falange, del poeta Pedro Pérez Clotet, acogemos con alegría su nuevo éxito, y hacemos votos porque vengan a nuestras manos, para solaz del espíritu y esparcimiento del ánimo, muchos libros de la talla del que hoy comentamos en estas páginas.



L u i s                      D E                      B A R J A



# Bienaventuranza del Alférez angélico

A Manuel Garzón Gallego.

En plena Flor. Como la lumbre del día.

A la sombra verde de los troncos, y con el nombre de Dios en los labios: toda la tierra se escapaba de sus manos, y los ojos se le cerraron bendiciendo el día,

En plena Flor: 19 años: 19 ramas de laurel enredadas en su gloria. ¡Y las sienes abiertas a la alegría de la madrugada de España!

○

¡Salve, salve, salve, Señor de las auroras!...

Porque estaban sus ojos llenos de sueño. Y los naranjos, cuajados, lo esperaban para verlo pasar por las calles de Algeciras. Iba callado: en un impresionante silencio de flores. En un apretado grito que nadie acertaba a exclamar: ¡y en cada punta de su estrella, como una llama, aquella cita tremenda que él había comprometido con D'Anunzio: «Hasta la Eternidad, Maestro Gabriel»!

¡Ay de sus ojos azules, cerrados a la luz, ay de sus ojos!

○

Y a los pocos días, sobre una cuesta de sol, pensando en las arenas de las playas, con los labios llenos de las blancas espumas, lo encontraron caído, de bruces, en la Flor.

¡Porque él también estaba ya citado al himno de las trompetas de oro de los arcángeles!

○

El dijo, bajo la voz de Dios: «Si permanecieres en mi camino, conocerás la verdad, y la verdad te librará y alcanzarás la vida eterna.»

Señor: Llévalo a Tí, y que la fuerza de su caída aquí en la tierra, al elevarlo a Tus manos, haga que nosotros podamos mirar con alegría lo que nos resta de camino. Y llénanos de su misericordia y de su mirada celeste.

Porque su nombre será en nosotros como una estrella, la suya de oro, que nos enseñará el camino del Cenáculo.

Sí, Señor, porque nosotros decimos:

«Bienaventurados los caídos en la Flor—19 años—porque de ellos es el Reino de la Vida. Y la Luz».



L u i s D E B A R J A

Ayuntamiento de Madrid



## *En torno al alma de Venecia*

Así que Goethe creó el personaje que debía ser el de Mignon en la célebre ópera cómica de Thomas, dejó alguna incertidumbre en el espíritu de sus futuros comentadores. Primeramente, su personaje le fué inspirado a orillas del lago Mayor, donde los naranjos y limoneros no abundan mucho; pero es cierto que los poetas no están obligados a ser muy fuertes en botánica. Virgilio hacía nacer, por ejemplo, las abejas, de los matorrales de rosas, y Balzac, con gran indignación de Alfonso Karr, apercibía en Abril el perfume de los tilos.

Después de todo, cuando el poeta nos habla de naranjos o de *zitronen*, como en el texto original alemán, nosotros ignoramos si el poeta soñaba en la flor o en el fruto. Si él quería aludir a la flor, que era entonces, como ahora, el símbolo de la felicidad conyugal, no hay duda de que su ensueño se ha escapado hacia los numerosos amantes que hace cincuenta años iban, estremecidos hasta lo más profundo de sus seres, a hacer estallar su pasión en las tierras del mediodía tan ardientemente deseadas.

Pero sobre ese punto todavía el autor de Wilhem Meister nos deja indecisos. Indudablemente, hace uno o dos siglos, Italia no era únicamente el país de las uniones felices. Era también el de los amores contrariados. Las parejas inflamadas no iban solamente a coger los nupciales azahares. Frecuentemente, se contentaban con un filtro embriagador y, a veces, también venenoso. La península parecía destinada a las voluptuosidades ásperas y amargas, a las que acompañaban luchas y llanto. Una especie de fatalidad empujaba a los amantes desgraciados hacia esa tierra llamada entonces tierra de muertos, y que no era cantada y exaltada más que como una inmensa y magnífica ruina. Si viejas estampas de Venecia o Roma que circulaban antaño a través de toda Europa, caen hoy día bajo nuestras miradas, no veremos representadas en ella, más que ruinas de templos y de monumentos, caros a las almas



románticas. Todos los enamorados se daban cita en ciudades que parecían no tener ya más gloria. Se pudiera creer que un nudo de simpatía romántica, pero al mismo tiempo de maldición, unía esas almas melancólicas y esos lugares en ruinas. Extraño destino. Todos esos dramas patéticos que los extranjeros iban a recitar en Italia entre el setecientos y el ochocientos están marcados por el sello cruel de la fatalidad: Amores errantes, amores secretos, amores condenados, amores imposibles. Byron, Musset, Strimberg, Heine, Browning y Bizzet. Su desesperación nos acompaña hasta el umbral del novecientos con el viaje de Henry Bataille y el de la Condesa Tarnowsky. Para la pasión vencida por la tragedia, Italia era el escenario adecuado. El puñal y el veneno formaban parte del bagaje nupcial. Después, venían los besos y los sollozos, los abrazos y los juramentos. Solamente desoladas estrofas podían cantar el triste idilio de esa época que se distendía en el misterio de una góndola negra, como para los amantes de Venecia, o en un lúgubre claro de luna, como para la Süssle Jungfrau de Kikergoard. Un poeta, único, nos ha contado la historia de un amor que ha terminado bien allí: Lamartine. Pero su personaje napolitano, su Graziella, había nacido enteramente en su fantasía y sin ningún contacto con la realidad. En suma, la sólo pareja feliz que conocemos de aquel tiempo ha sido una pareja inexistente. Felizmente, si esa pareja no dejó descendencia, ha legado por lo menos al mundo una obra maestra. Y en poesía, una obra maestra es la excusa de una mixtificación...

\* \* \*

"LA CELESTE QUIETUD" (M. Muntaner)

Fué una bella noche de Septiembre del año 1932 cuando yo sentí desde el momento mismo de mi llegada, el lugar que Venecia ocuparía en mi vida. No conocía de ella más que lo que se adivina desde la plata-



Ayuntamiento de Madrid



forma del tren, cuando aparece asentada como una maravillosa obra de cristalería sobre la plancha plateada de la laguna. Yo no conocía de ella sino el bronce verdoso de la cúpula de San Simeone, que os acoge al salir de la estación antes que se abra para vosotros el acceso de las estrechas callejas por las que se penetra en el delicioso y pintoresco misterio veneciano. Esas callejas me habían conducido al Gran Canal. Recostada en los cojines de la góndola había ido orillando fachadas cuya noble vetustez se engalanaba con los efectos de las luces hasta la puerta marina del acogedor palacio del que sería huésped durante unos días. Yo no conocía, por tanto, nada de Venecia, pero había respirado su olor marino, su olor de algas. Ya había entrado en su sortilegio y en su silencio, y, llegada la noche, desde lo alto del palacio, bajo los rayos de una luna casi fabulosa, el espíritu de la ciudad había vertido sobre mí su filtro encantado. A este encanto de Venecia ¿quién puede escapar una vez que se ha conocido su profunda seducción?

Venecia, luego de haber sorprendido nuestros ojos con el espectáculo de su presencia, deja en nuestra memoria un recuerdo imborrable. Y ese recuerdo nos dicta sin cesar el deseo de volver, al que obedeceríamos tan dócilmente... Después de haber sido para nosotros una sorpresa, Venecia se convierte en una costumbre, pero una costumbre que conserva siempre su misterioso atractivo. Cada uno tiene en Venecia su punto de seducción. Cada uno escoge en ella un lugar de encuentro apasionado. Cada uno tiene con ella sus secretos de espíritu y de corazón. Ella dice a cada uno de nosotros palabras particularísimas, frases llenas de intimidad y de dulcedumbre. Y todos siguen con ella un silencioso diálogo de amor.

Exigente, Venecia es también generosa. Ella nos capta, pero en cambio, ella se nos dá. Ella nos ofrece lo que queremos de ella según nuestros gustos y según nuestro humor. Ella se hace, ora humilde, ora soberbia, magnífica o familiar. Su admirable variedad se presta a nuestras preferencias. Ella se muestra en su esplendor dominatriz, en su gloria serenísima que simboliza su palacio ducal y su basílica. Queremos una Venecia menos majestuosa, una Venecia simplemente lujosa y patricia; la encontramos, enseguida y a cada paso, en sus grandes palacios y en sus ricas iglesias. Todas las Venecias de la historia están todavía en la



Venecia de hoy. De su pasado, de sus pasados, Venecia hace su presente. Su belleza compuesta por los siglos es todavía una belleza viva y ninguna otra podría serle comparada. De entre las diversas Venecias de que está hecha Venecia, yo no he podido jamás escoger. Ellas, todas, son caras a mi corazón y a mis ojos, preciosas a mi recuerdo. Nada de Venecia nos es indiferente cuando la amamos en su esplendor, en su gracia y hasta en sus miserias, en su luz y en su cielo, en su laguna y en sus islas, en sus melancolías y en sus cantos, en sus campanas y en su silencio. Todo se funde en un mismo sentimiento. Y yo encuentro tanto placer en el gato escualido que se desliza furtivamente en la sombra húmeda de una estrecha callejuela, como en contemplar sobre su columna de pórfido el león de San Marcos desplazando sus cortas alas de bronce.



"PIEDRA DE IMPERIO" (M. Muntaner).

Margara MUNTANER DE LA BARRERA

Ayuntamiento de Madrid



## Consigna en la noche de Agosto

Un crimen más cobarde tus ojos nunca vieron,  
Madrid, tú contéplaste el criminal incendio...  
Miles de voces frías llenan de hiel el viento:  
«¡que mueran los «fascistas»! ¡que ardan todos los presos!»  
Y el chulillo y la hembra del lupanar, riendo...  
Ya la hiena marxista, toda la hez del pueblo,  
rebulle. Milicianos, con marciales arreos  
—rehuyendo las trincheras, lejos del parapeto—  
acuden para la fiesta...

¡A ver cómo, indefensos,  
bajo lluvia de balas van los héroes cayendo!...

En la noche de Agosto, negra calma sin viento.  
Militares, paisanos y camaradas nuestros,  
como flores heroicas sus tallos van rompiendo.  
Los tiros pespuntean las gasas del silencio.  
Entre penumbras cómplices pasan —lascivia y miedo—  
milicianos y hembras desdichadas; grotesco  
desfile de gentuza que grita... Tableteo  
de la ametralladora...; y, cual pobres muñecos,  
los hombres dan un salto: por los rotos cerebros  
corren surcos de sangre roja como el incendio...  
Mueren altivos todos. Y con los ojos puestos  
en la Cruz invisible que esperan en los cielos...  
Alguien piensa en su hogar que está lejos...  
Las milicianas ríen contemplando a los muertos;  
y hay sobre los cadáveres burlas y palmoteos.  
Mas España se salva. Se lo gritan los nuestros;  
altivo «¡Arriba España!» que llena de honor al viento.  
Oh, Primo de Rivera, Fernando, escucha ésto:  
«¡Qué escuadras más gloriosas junto a tí sucumbieron!...»



Mientras las hembras rojas brindan lascivo beso,  
las nuestras sólo tienen labios para los rezos...  
En Madrid esta noche hay orgías sin término.

¡Ay, cuántos camaradas asesinaron riendo!  
¡Cuánta camisa azul se marchó a los luceros!...  
¡Falange, en pie: no olvides esa Cárcel Modelo  
donde mataron tantos y tantos de los nuestros!...  
Pon agudas las flechas de tus haces; pensemos  
hoy - otro día de Agosto - en el crimen cruento.  
¡Que nuestro grito llene la tierra, el mar, el cielo!  
¡Que en nuestro pecho hierva el impulso violento!  
Fernando, en tu alta guardia de estrellas, contémpianos...  
Como flechas de Jerjes pondrán el firmamento  
tus camisas azules. De flechas llenaremos  
este azul de tu España, que es aurora de Imperio.  
Goce su fiera orgía el marxismo protervo.  
La Falange no olvida esa Cárcel Modelo,  
donde entre risa y vino, borracheras y besos,  
mataron sin defensa tantos hermanos nuestros.  
Noche de Agosto, igual a aquella del incendio;  
recibe esta consigna; ¡¡a los muertos vengüemos!!

J u l i o     E S T E F A N Í A

24 Agosto 1937. - I Año Triunfal.

(Del libro próximo "Cancionero de las Flechas y el Yugo")

## JOSÉ ANTONIO

Tú hablaste del descanso eterno. Sentías como si tu alma estuviese llamada desde la altura. Y nosotros seguiremos tu ejemplo, haciendo que un sentido de profunda hermandad aliente para siempre en nuestra vida. Y estarás en nosotros, con una viva y heroica presencia.



# HIMNO DE LA ABUNDANCIA

*Dícese cómo, desde los días mismos de la Guerra, se prepara y anuncia la futura prosperidad española. Se exalta la sanidad y firmeza de la economía de la España azul: de cuyo lado quedó el campo, la ganadería, el olivo, la cepa. Todas las claras y honradas riquezas elementales, bases, con el entusiasmo y el espíritu, de la segura grandeza próxima.*

*(estrofas alcaicas)*

¡Diosa Abundancia, con himnos fervidos,  
Madre Nutricia, Vaso pletórico,  
diré mis mejores palabras,  
cantaré mi más alta canción!

Porque nos diste, Madre, la pródiga  
riqueza suma, la suma dádiva,  
del pastor al que no niega el cielo  
la colmena, la leche y la miel.

Que El que ha vestido de ricas túnicas  
los altos lirios, y las campánulas  
de claro azul,  
vistió a su España para su altísima  
misión de lucha, con una impávida  
coraza tejida de espigas  
de rosas silvestres y de sencillez.

Al otro lado, sobre las fábricas,  
digan sirenas cantos difíciles  
de la mata de seda enredada,  
de la espuma del blanco algodón.

Nosotros, Madres, tus novios fervidos,  
tus amadores, con dulces cánticos  
cantaremos la paz del olivo  
y el dolor del racimo en agraz.

La España nueva, feliz y pródiga,  
tiene el aceite para su lámpara,  
y tiene el duro pino, y el álamo,  
que será luego mesa de amor.

La España joven tiene las trémulas  
espigas rubias y tiene el plácido  
racimo moreno y el alto  
salmo verde del cañaveral.

Y tiene alegres niños ingrátidos  
con las mejillas rojas y cándidas,  
que por los trigos dicen su copla  
y en los silencios muerden su pan.

Ellos los tratos mudos e incógnitos,  
ellos la alianza baja y recóndita,  
¡nosotros el claro rocío!  
¡nosotros el Sol!

Nosotros, Madre, los trojes pródigos,  
los de las niveas espumas cándidas,  
anchos lagares que aroma el mosto  
con su fragancia de tierra y sol.

De nuestra parte los prados húmedos,  
de nuestra parte las filosóficas  
vacas rubias que ofrecen al viento,  
sus lirás de blanco marfil.

De nuestra parte lo más homérico,  
de nuestra parte lo más pacífico,  
lo que tiene más parte de cielo,  
lo que tiene más parte de Dios.

¡A ellos los negros, sonoros y húmedos,  
de oro macizos profundos sótanos!  
¡para nosotros las hondas almas  
donde está la Belleza y el Bien!

¡A ellos los que hacen sonoros cánticos  
sobre los yunques mazos arrítmicos!  
¡para nosotros las alamedas!  
¡para nosotros los rui señores!  
¡para nosotros todo el azul!

J O S É M A R Í A P E M Á N



# HE AQUI EL DIALOGO DEL PECADO Y DE LA GRACIA

## LA GRACIA

¡Alabado sea Dios! ¡Y qué gozoso temblor de alegría se me ha volcado en la sangre, cuando he sabido que mi verso primero nació de una viva penetración de mis ojos en los cielos, de una inocente y absorta contemplación de los altares: aquellos blancos altares de mi parroquia de Puente Mayorga, donde hice mi primer acercamiento a Jesús!

## EL PECADO

Yo pisé los trigos a la hora de recoger tú la cosecha. Y maldije el agua con que lavaste las heridas de tus manos.

## LA GRACIA

Yo, en cambio, he ido, contra tí, segando las espigas y atándolas en el llano, con la puesta del sol. Y la tierra se me puso de oro, y en los oídos me sonaba un roce de alas de ángel delgado y blanco, como el rayo de sol del mediodía.

Y he ido, contra tí, huyendo de la sangre, purificando mis palabras, sanando mis heridas, abiertas por tí aunque ahora lo niegues. Yo he ido... ¡secándome la entraña de deseo, para no desear más que la sequedad del esparto del Señor, la dureza de Su cingulo, la severidad de Su cilicio, el hierro de Su cadena!

## EL PECADO

¿Qué sabes tú de lo humano, si tienes el corazón como una manzana en el río, que dora y besa los dientes cuando se la muerde, a la sombra de los chopos?... ¿Qué sabes tú de las espigas si yo estoy fuera de tí, y soy la verdadera cosecha esperada? ¿Qué sabes tú de la sangre, de la palabra, del silbo de los vientos, de la música hendida en el cerco de tus propósitos, como la flecha en el arco: rigidamente orientada hacia la luz?

Yo soy, contra tí, la forma. Tú serás, si acaso, la sustancia. Pero yo soy tu ángel rebelde. Tú quisiste ponerme cerco, ahuyentarme de tí, porque soñaste cultivar la exacta belleza: esa belleza única que anda a solas en cualquier camino, sobre todos los ojos, en los paisajes claros, y que tú has henchido de palabras y alientos. Pero yo—que era parte integradora de tu sér—me rebelé contra tí, y no quise como en el Paraíso, servirte. Y mostré contra tu propio sol de perfecciones, la desnudez de mis alas abiertas al rumor de la sangre.

## LA GRACIA

Soy el símbolo del alma. Soy la quietud que se torna, a fuerza de reposo, devoción y silencio; es decir, mirada a Dios.

Por Él, tengo los sentidos sujetos. Por Él crucifico mi propia vida, llenándola de clavos, purificándola con hiel y vinagre. Tú serás la carne, pero sin forma. Tú eres la Bestia, fea y torva, que acechas en lo sombrío de la tentación, la hora de la embestida, para desgarrar la delicadeza de mi cuello, hecho para la inclinación del Angelus, para la genuflexión de los Sagrarios. Tú eres mi vicio y mi propio arrebató. Y te conozco bien, porque vas todos los días siguiéndome los pasos por los caminos, cuando yo quedo, traspasada de fervores, alzada en la vereda: y ungiéndome con el sabor de las espigas, digo al claro viento de la tarde: «El Angel del Señor anunció a María...»

Te conozco por lo turbio de tu mirada, llena de espanto cuando hago la señal de la cruz.



A Por el cieno en que vives, como una serpiente enroscada a tu propia obra. Por el agua estancada que me ofreciste a la hora de la sed. ¡Y el caso es que estás dentro de mí: eres mi sombra, tú, maldito pecado de mis mayores, que ahora saltas así, hiriéndome cada vez que respiro, como una espada que resbala en sus filos!

Pero no me vencerás. Te lo juro por el estado de mi espíritu y el alerta de mis fuerzas. ¡Y por estas blancas manos alargadas, que son capaces de segar tu respiración, para que puedan mis pies continuar su paso!

#### EL PECADO

Yo he sabido prender la llama en tus sentidos.

#### LA GRACIA

Y yo he sabido cantar mi libertad de acercarme al Señor.

#### EL PECADO

Pero tú me deseaste.

#### LA GRACIA

Porque tienes fuerza. No en ti, como presencia corpórea; sino en la facilidad con que Dios ha permitido que tus manos cumplan su tarea, para templarnos en el santo rigor del martirio. Yo sé que todo lo das a manos llenas; pero es porque vas segándome la vida por la espalda. Yo soy la gracia que tiembla cuando el viento me roza. ¡Soy fuerte! ¡Soy ancha y robusta como un monte! ¡Y sostengo sobre mí toda la verdad de Cristo, hecha carne de realidad y vaso de transfiguración! ¡Hincame tus espadas, y lléname de tu gangrena! ¡Me verás salir del agua, a flor, triunfante y viva, bendita de la altura, serenamente bella y elegida!

#### EL PECADO

Te acecho. Cada paso tuyo, lo sigo con cuidado de muerte. Yo soy ese viento sensual que oíste en las ramas del deseo. Y ese camino luminoso que se te ofreció un día... Y aquella caída que no supiste evitar a tiempo. Y me resbalo por tu alma, a la hora del reposo, cuando estás enlazada con el sueño, cuando vives con prisa, cuando olvidas la oración: a esa hora de las vísperas en que todo el huerto sabe a naranja exprimida en las fuentes y en las yerbas...

#### LA GRACIA

Tú eres el zarpazo duro y babeante.

#### EL PECADO

Pero un zarpazo que adormece y deja en un sopor las entrañas.

#### LA GRACIA

Pero no puedes mirar hacia arriba, con la limpia veneración con que se mira, en la pala del remo, el corte de la espuma. Tú no sabes penetrar en el silbo del aire, ni adivinar la gracia callada del silencio, ni cantar la calma de una noche celeste. Tú no sabes mantener los brazos en la altura.

#### EL PECADO

Sé que eres superior a mí, pero te pruebo. Mira si te pruebo, que cada frase tuya es un golpe de saeta asestado en mi nombre. Me huyes, y toda huida tiene la desesperación de no hallar a tiempo el refugio. Te desesperas, me huyes, no estás serena: ¡mira si te pruebo!



Y hasta hoy, todo yo, sustancia o forma, como tú quieras, he estado dentro de tí, y he sido tú misma, y te he manejado a mi albedrío. ¡Mira si te pruebo!

#### LA GRACIA

¿Qué es probar?—Vanos empeños de victoria: probar... Yo también podría decirte que he sabido probar tu temple. Y te he visto torcerte de rabia, como una serpiente en el césped ondulado, cada vez que levanto mi vuelo; pero iluminado de súbito por una luz vivísima, te ha cegado tu propio deseo. No te lo digo. Has tenido atenazada mi carne, es cierto; pero ahora ya podemos andar libremente, los dos, a solas, porque tengo las manos llenas del agua de los troncos, y hay en mis labios una serenidad de brisa mansa y humilde, y hay en mis ojos una profunda convicción de muerte. ¡Ya puedes venir desgarrando mis rosas, que yo te asombraré con mi florecimiento de cada día! ¡Ya puedes cantar, cerca de mi sangre, que yo consumiré hasta los bordes el cáliz de mi mortificación! ¡Suenan, suenan, saeta de mi sombra, que ya soy imagen perfecta y acabada! ¿No sientes cómo se rompen las ataduras y los lazos? ¿Oyes cómo se desgarran los huesos? ¡Mira hacia arriba! ¡Mira! ¡Mira bien! ¡Me escapo de tí, Bestia inmundada, pecado de mis horas perdidas, maldición de mis sentidos enfangados, carne sin forma, cuerpo sin contorno! Me escapo de tí; y voy libremente, bellamente, por los aires, flotando, como un himno delgado y sutilísimo, que penetra a través de las nubes purificado y celeste: sin voz ni forma, hecho hilo de oro entre mi garganta y tu desesperación!...

#### EL PECADO

¡Déjame! ¡Déjame! ¡Los brazos! ¡Los brazos! ¡Suéltame los brazos para que pueda consumir mi obra! ¡He de cercar a los otros, para que no se iluminen! ¡No puedo resistir ya tu belleza! ¡Está Dios contigo, Gracia luminosa y aérea! ¡Déjame, estoy maldito de los ángeles! Ya no te seguiré más por las veredas, cuando tú vayas a decir aquello del Angelus...

#### LA GRACIA

Ya sólo soy espíritu. No quisiste penetrar en las llagas, y ahora estás llagado para siempre. Ya estoy libre de culpa; porque ha descendido a mí, del todo, el agua del arrepentimiento. “El Angel del Señor anunció a María...” ¡Suenan en mi honor los himnos angélicos! ¡Ya se alzan, para que yo pase, las espadas de los justos!

#### EL PECADO (a ras de la tierra)

¿Qué fulgor hay en tus sienes? ¿Qué llama hay encendida en tus brazos sin forma?... ¡Dime sólo esto: dímelo!

#### LA GRACIA

¡Los laureles del amor de Jesús!

(Se oyen, lejanas y humildes, las campanas de oro de la aldea. Sobre la orilla fina y blanca, las aguas tienden su abrazo de espuma. Dios ha descendido a la tierra, y en la vida de la gracia hay un llanto indefinible y excelso.)

Francisco MONTERO GALVACHE

Ayuntamiento de Madrid



# Antena Literaria

Juan Miranda, nuestro querido colaborador, prepara para muy en breve una *Antología Poética de la Guerra*. Recogerá en sus páginas varias composiciones—las más representativas—de los poetas jóvenes y ya consagrados de hoy, dedicadas a cantar, en diversos momentos, los símbolos y gestos de nuestra Cruzada.

En el próximo número tal vez podamos adelantar algo en lo que se refiera a título, amplitud y detalles de edición de esta nueva y esperada *Antología Poética*.

José de las Cuevas publicará muy pronto sus «3 Estampas de San Juan de la Cruz» en colección «CAUCES», que iniciará, con este cuaderno, su serie de trabajos escogidos.

Hemos leído recientemente «MADRID, DE CORTE A CHEKA», la última obra del Conde Agustín de Foxá. Es un pleno acierto: páginas de una realidad crudísima y otras de espléndida literatura nueva y vibrante, sello primordial del ilustre poeta de «LA ESPIGA». Todas sus escenas nos llevan a la vida, ya alejada de nosotros, de aquellos intelectuales de frases retorcidas que quisieron aprender el sentido histórico de España, apartando su conocimiento sano y recto, apostólico y misionero. «MADRID, DE CORTE A CHEKA», recientemente publicada, es el tomo primero de los nuevos episodios nacionales, concebidos española y cristianamente, con la hidalguía que vibra siempre en la pluma del Conde de Foxá.

Carlos González Rajel se halla entre nosotros. Celebró no hace mucho tiempo su exposición de arte en Sevilla. De ella—para que nuestros lectores tengan una noticia culta y detallada—publicamos un artículo de nuestro querido amigo y colaborador Don Fernando de los Ríos y de Guzmán.

José Sanz y Díaz ha publicado un libro «LIRA BELICA», que aún no conocemos. Esperamos su lectura con la ansiedad de amigos fervorosos.

Recientemente ha sido premiado en un Certamen celebrado en Marruecos el ilustre escritor nuestro camarada Benjamín Ramos García.

AZUL de Algeciras dedicó, días pasados, a Manuel Garzón un número especial en honor y júbilo por su glorioso ofrecimiento a España en el frente de combate.

Don Angel Cruz Rueda, ilustre director del Instituto de Cabra (Córdoba), ha publicado últimamente su libro «Biografía de Palacio Valdés», en los Talleres Prieto, de Granada.

Esta obra aparece de nuevo, refundida y aumentada, para nuestra mesa de estudio y trabajo. Será otro éxito más. De ella nos ocuparemos en uno de nuestros próximos números, y por hoy le ofrecemos nuestras gracias por la dedicatoria afectuosa del ejemplar que nos ha remitido.

«Ayer», el buen diario jerezano, ha comenzado la publicación de su «Página de las Letras», que dará todos los domingos.

En la primera, dedicada a José Antonio, insertó trabajos de Francisco Montero Galvache, Pepe Cuevas, Pedro Montero Galvache y reprodujo textos del inmortal fundador de la Falange.

«Ayer» se incorpora, con gran alegría de sus lectores, a la tarea literaria y espiritual de nuestra España nueva.

«CAUCES»



# "Campo, Viña, Mosto y Sol"

*Con este sugestivo subtítulo publicará en breve la Casa González-Byass, bajo la dirección de Luis Pérez Solero, el 2.º número de la Revista «XEREZ» que la jerezanísima Casa del ilustre Marqués de Torresoto de Briviesca, consagra a cantar la gloria de nuestro vino por el mundo.*

*Del texto de este próximo número de «XEREZ», original de Pérez Solero, nuestro viejo amigo, entresacamos hoy, para los lectores de «CAUCES», los fragmentos que siguen:*

«Salimos hacia la carretera de Medina. Esta, es otra ventana para Jerez, y a un lado de ella, se deshacen las ruinas de la Cartuja, restos dolorosos de un soberbio monumento de la fe, que se desmorona entre polvo y olvido. Ni la yedra romántica y amorosa que oculta en los muros las huellas de la soledad y el abandono, logra calmar la tristeza que sentimos ante la contemplación del estado del desmantelado monumento nacional. El panorama que desde la Cartuja disfrutamos, es bellissimo. ¿Ves desde aquí las torres de la Catedral de Cádiz, y a nuestros pies, bañando estas ruinas, el Guadalete, el jerezano e histórico río?

Vayamos en busca de «otra ventana»; pero antes, nos detendremos en la fuente de «Los Albarizones», milagroso manantial que vierte generosamente durante el año entero, el copioso y fresquísimo caudal de su agua famosa. Antaño, esta fuente surtía a Jerez de agua, y llegaba por cañerías hasta la ermita de «La Alcubilla» hoy convertida, por obra y gracia del Marqués de Torresoto y sus hijos, en colegio de niñas y niños. Saboreemos la sabrosa delicia del agua que también echaremos al radiador, por si el «galgo» tiene sed; y vamos hasta la carretera de Sevilla por la ronda, después de asomarnos a la de Cortes.

Son pintorescos los detalles del campo y de su gente. Mil cuadros de brillantes matices, animados con escenas típicas, surgen a cada instante. Y así vemos ahora «la reata» que antes de cargar arena, refresca sedienta, o vemos el molino viejo que «asoma» su maquinaria al viajero. Luego contemplamos al «costero» que regresa con la compra hecha, para todos los habitantes de la viña, o al torazo que impone y aterra tras la liviana alambrada. Más tarde, vemos dibujada en la lejanía la silueta de leyenda de la Torre de Melgarejo y las bellas casitas que salpican de copos blancos los tapices verdes del campo. Hasta «los chozos» decorados por el sol y adornados de florecillas, poetizan su miseria. Cru-



zan jinetes en magníficos caballos de bella estampa. Y los rebaños, y los coches; y los carros cargados de mies segada o de sacos de trigo; y el «patio» pintoresco que se descubre en la íntima pequeñez de una casucha, o el pozo clásico en medio de una llanura; y el puente sobre tierra que fué río en invierno, y hoy da sombra al gitano errabundo, o los tres amigos que saborean a la sombra grata, una botella de Viña AB..., todo vibra, pleno de luz y color, de campestre belleza y de sabor jerezano.»

«Descendamos: y antes de utilizar otro medio de locomoción para recorrer las viñas, descansemos al aire libre, y gocemos de las delicias de esta tarde de septiembre, olorosa y dorada. ¿Escuchas? Bronce fundido en aire llega al campo el sonido de las campanas de los templos de Jerez. Anuncian el día de mañana, 8 de septiembre, Natividad de la Santísima Virgen, fecha tradicional que marca el comienzo de la vendimia en estos pagos.

Tú y yo, respetaremos la fiesta, con los capataces y sus viñadores. Beberemos, comeremos y disfrutaremos con ellos, en abierta camaradería, y verás de qué optimismo y de cuánta saludable alegría nos llenará el jugo de estas cepas sin par. Monta en ese caballo pacífico, que es gran conocedor de cañadas e hijuelas. El y el mío, nos llevarán hasta donde yo te diga que echés pie a tierra otra vez, para que palpés racimos, acaricies las hojas de la cepa, y desmenuces entre tus dedos la albariza milagrosa, tierra blanca que dá jugo a un vino que es el rey de los del Universo.

Espolea a tu caballo, pues ya comienza a teñirse de oro y carmín la campiña, y quiero llegar allí antes de que el sol se oculte y cese el tañido de las campanas de Jerez. Ellas siguen anunciando que mañana, día de la Natividad de la Virgen, veremos la viña preparada para el nacimiento del mosto que es la niñez del vino.»

L u i s   P É R E Z   S O L E R O

FRANCO es nuestra Fe. Él sabe la hondura de nuestro entusiasmo y la alegría de nuestras canciones. Y nosotros, que a la hora de la juventud, nos corresponde una tarea de severo servicio y disciplina, hemos de seguirlo con el ánimo tenso y abierto por todos los caminos que él, con su brazo extendido, nos señale.



## SOMBRAS

# Barbey d'Aurevilly

«Barbey d'Aurevilly es un soberbio sin ambición y sin timidez, que aleja a burgueses y príncipes, porque unos y otros carecen de esa distinción sin la que, no se es viable»,

(LEÓN BLOY)

«¡Oh, qué triste es el son de la trompa en el fondo de los bosques...!»

(VIGNI)

«Nosotros ponemos la mitad, en las seducciones que obran sobre nosotros».

(BARBEY D'AUREVILLY)

### 1.—Introducción a estos motivos en un lienzo ochocentista.

El lienzo tiene ese fuerte sabor de *ancien regime*, que sólo puede definirse diciendo así: *encanto dorevillesco*.

Así, españolizando hasta lo imposible, es como se logra resumir en una síntesis armoniosa, el complejo de sensaciones que envenena para siempre el alma del caballero sentimental, al ser iniciada en el atroz misterio de esos viejos parques abandonados, donde los lagartos se duermen al sol, en las orillas de las sendas, mientras uno,—bajo el canto monacarde de esas fuentes que amaba el divino Marqués de Benalgar—descubre mundos tentadores y nuevos, más allá de la prosa de los clásicos.—(Siempre en estos rincones olvidados, el corazón se abre y es más fácil adivinar lo que los clásicos griegos y latinos no quisieron decirnos del todo, para regalarnos el placer de adivinarlo a medias.)

El lienzo tiene al fondo una amplia cristalera, cubierta a trechos por los encajes de una cortina de tonos claros, bordada de lises; detrás de los cristales, una de esas plazas silenciosas y somnolientas de Valognes, la pequeña ciudad, amada de la nobleza legitimista del Cotintín, vuelta, en un éxtasis sin retorno hacia el pasado, gozando el placer de su melancolía inconsolable por la caída de Carlos X; una cruz enorme de madera en el centro de la plaza; la arboladura medioeval de un palacio, florido de herrajes, de penachos, cuarteles y cimbras, labrados en piedra oscura; y en último término, *cerrando* el fondo, el mar verdeante, soberbio y fiero, por donde enviaban, desde Inglaterra los príncipes deseados, aquellos mensajes que mantuvieron encendida, años y años, la hoguera romántica de la Chouanería.

Entre las cortinas de lises y encajes, y nosotros, la salita lujosa y amable, cálida y confidencial, que resucita el recuerdo lejano de la bisabuela, vestida con el



miriñaque y el corpiño de seda almendra, cosiendo escapularios, y oyendo al fraile exclaustrado—que hace de capellán en su casona—la lectura del Año Cristiano o del editorial de «La Esperanza» (Las manos breves y rosadas de la bisabuela, trabajan la lana de los escapularios, y su oído parece pendiente de la voz igual y solemne del clérigo, pero la mirada perdida de sus ojos redondos y azules, es como la huella, en el aire, del pájaro,—también azul—que ha volado hacia los países dorados y fabulosos, donde el bisabuelo—que además es marino y marqués—manda una fragata de guerra o gobierna un virreinato.)

Bien. En esta salita del lienzo, no hay bisabuela soñadora, ni clérigo exclaustrado, ni lectura de «La Esperanza». Hay, sí, tres damas que bordan, sosegadas, señoriles; un abate francés que fué capitán de chouanes; un hidalgo, mitad guerrero, mitad filósofo; y una de aquellas amazonas, hercúleas, fanáticas, infatigables, que después de acabadas las guerras civiles, todavía incendiaban bosques y caseríos, en el Cotintín, como una protesta implacable por el triunfo de la revolución.

La amazona habla, y el abate, el hidalgo y las damas atienden en silencio... En la penumbra de la estancia, sobre el verde, el blanco y el escarlata de la pintura, flota el gris nostálgico, el gris puro y amable que sombrea toda la decoración de Valôgnes, la vieja y heráldica ciudad, encerrada entre sus murallas, como en una concha que la torna inasequible, vuelta hacia el pasado, en un éxtasis sin fronteras, hundida en su melancolía inconsolable por la caída de Carlos X. Y en un rincón, ante candelabros apagados de plata y cristal, ese adolescente de cabeza latina, ojos de águila y manos largas, ahusadas y pálidas, de cardenal del Renacimiento, que parece suspirar por la blanca gorguera, y los puños de nieve, y la verde esmeralda y el empaque de rey de Barbey d'Aureville.

## 2.—El Gran duque de Guisa de la literatura.

Pocos años después de su muerte, su nombre se esfuma en una fuga magnífica y envidiable hacia lo inmortal.

Las gentes adoran su memoria; Paul Verlaine se proclama su discípulo; y los escaparates de todas las librerías de Francia,—de la Francia que avanza a través de los *affaires* y la desenfrenada política imperialista, invocando a Juana de Arco y levantando pórticos de triunfo a los restos de su primer Bonaparte, como si le asustara la supervivencia de su libertad—recogen las reediciones de sus libros. La Hechizada y El Caballero Destouches, siguen encendiendo el romanticismo en las almas de los leales al hijo de Carlos X; el Marqués de Bradomín, encuentra algo de su modelo en «El más bello amor de Don Juan», donde el viejo y pertinaz conquistador, juzga la más bella pasión de su vida, la loca pasión que su prestigio de hombre mundano, mujeriego y sentimental, despierta en el corazón de una niña... Una niña virginal, que aterra a su confesor al descubrirle una historia cándida y atroz, de la que se cree protagonista...

Y siempre, la reciedumbre gigantesca, asombrosa, de esos caracteres que no morirán nunca: la mujer fría, impasible que desafía el oleaje de los remordimientos en «La felicidad en el crimen» y esa Marquesa de Arco de la Sierra de León, que supera los últimos refinamientos de la venganza para con el marido, entre-



gándose a una vida depravada, y usando tarjetas, en las que, después de su título nobiliario, hace constar su *oficio* y esa antigua amante, sombra funambulesca, que en «La vieja querida»—la obra de la fecunda madurez—aparece como un fantasma fatal, cuando Marigni, en las soledades del Cotintín, se cree curado de su pasado culpable, gracias a su idilio con Hermengarde, aquel invierno que habían de pasar a solas, en el nido de águilas batido por los vientos feroces y la lluvia implacable.—(Esa lluvia, bella y tenaz, como las lágrimas de una mujer).—La Vellini, dorada de sol latino, surge en el camino de la purificación de Marigni, en el alba en que los que rodean al héroe, empiezan a olvidarse de aquel extravío. Y es ahora, al presentir el desenlace, cuando Barbey d'Aureville se exalta hasta llegar a un histerismo grandioso, y da el golpe de Estado de la novela. Y entre brisas latinas y Sol mediterráneo, tiene lugar un final irremediable. (Perdonad vosotros, los que sostenéis que la novela puede no ser, y aún a veces debe no ser, una obra exclusivamente de arte; sobre todo, realización de belleza, que por serlo, ha de rezumar vida, con todas las aristas, con todas las sinuosidades, y también con toda la poesía que la Vida encierra.)

Pero es que esa sombra, ese fantasma fatal que apaga en Marigni el clamor de las campanas de la conversión, clavaba en él la mordedura de un recuerdo tremendo: diez años de amor. Y cuando la sombra sabe limar sus durezas, y ser constante y asequible y abnegada, ¡qué difícil olvidar...!

Aquí, el Marqués de Benalgar diría, que es más humano renunciar que olvidar, pero el poder de la evocación puede ser tan fuerte, que arrastre, sin voluntad, a ese *final irremediable*.

Paralela a esta galería novelística, corre la labor de crítico de Barbey; sus estudios biográficos; el torrente de su obra periodística; unos tomos de versos y los Memorandums, soberbio claroscuro, para esa novela formidablemente bella y definitivamente lograda, que bastaría a salvar una vida larga de más de ochenta años, consagrada a la Novela: «El amor imposible».

Agoniza su existencia de dandy, le duele el tiempo perdido «abrochándose» esos chalecos que son la obsesión de los elegantes parisinos; y la influencia de su hermano, el abate que evangeliza en Saint-Sauveur, comienza a arrojar sobre su corazón la luz de las Verdades eternas, que abre brecha en su falso escepticismo. Unos años después, publicará «La Embrujada» su primera obra sobre la chouannería, y Barbey d'Aureville, Gran Duque de Guisa de la literatura, hijo y nieto de chouanes, descendiente de una hija natural de un Luis borbónico, reclamará, para sí, íntegro, el honor,—y el peligro—de ser campeón del Catolicismo, y Paladín del Pontífice, destronado y perseguido, en la Francia de la III República.

Sólo «La Revue de deux Mondes» se ocupa de la aparición de «El amor imposible» que alcanza su éxito enorme, su consagración indiscutible, en los salones parisinos—que es lo mismo que decir en toda la Francia oficial—porque desde esos salones reina en todo el país, la mujer enyesada, tentadora, apasionante, casi sin alma, modelo supremo de heroína, para esta novela, en que Barbey pinta como nadie, el tormento de los espíritus viejos, fríos, faltos de embriaguez, y emponzoñados por una pasión soberana, una pasión infernal: la agonía desesperada y eterna de la facultad de amar...



### 3.—Demasiado tarde.

Grave, solemne, muy gran señor siempre, cruza por la vida, con ese eterno gesto de elegante superioridad, de inconsciente y altivo desdén, que Astruc copió, con insuperable acierto en el busto que llevó al Salón de 1885, y que hoy se conserva en el Museo del Luxemburgo.—Un busto que hizo exclamar a Barbey: —Es demasiado monumental para la vida. Como la tumba de Julio II, que sólo después de su muerte adquirió sus justas proporciones. Así ocurrió con mi busto. Tendré que morir para que también él encuentre las suyas.

A los veinte años, la muerte de un tío—ese tío que antes tenían todos los escritores al empezar—le hace dueño de una renta mensual de doscientos francos. Con esa renta,—todo un capital en la primera mitad del diecinueve—emprende la conquista de París. El Sena le parece gris; los puentes, sombríos; el mundo de los artistas que en París triunfan y se imponen, un mundo lejano y confuso, y un poco inaccesible. Ya entonces, ha estudiado Derecho en Caen y ha conocido a los hermanos Guérin y al editor Trebutien, amistades que ninguna vicisitud de la vida logrará romper. También ha editado «La Revue de Caen», que la gran ciudad desprecia, sin sospechar que un día, Barbey d'Aurevilly será el rey de París. Sus ideas liberales se enfrían y van dejando paso al aristócrata que duerme en el alma del novelista, bajo la coraza de un falso republicanismo, que a él mismo engaña. Viste con elegancia, le preocupan los chalecos, el calzado, la esmeralda, que da un tono verdoso a sus dedos pálidos; y esa fusta que nunca abandona y a la que llama su esposa.

Acude todas las mañanas a misa de ocho y cuando dobla, valientemente, el cabo de la cuarentena, su espíritu se abre al fausto de la liturgia católica, a la magnificencia del rito, a la sublime claridad doctrinal y teológica de la Religión, única claridad que inunda de plano todas sus moradas interiores.

Ahora es cuando el Gran duque de Guisa de la literatura alcanza su consagración; ya es posible hacerle el exacto retrato por el que todos los artistas suspiran y a cuya consecución es grato entregar una existencia entera.

Los legitimistas franceses saludan en él a su supremo, indiscutible mariscal; se le combate y se le adora como a brazo derecho del Pontífice,—brazo de hierro, columna incommovible alzada hasta las estrellas en medio del Océano—y después de aquel artículo suyo, en que propugna por la guerra civil, y que le envuelve en un escandaloso proceso, Enrique V, desde su corte de ensueño de Frösdorff le envía esos mensajes ardientes que los reyes absolutos cantan, en la soledad desesperada de los destierros a los que creen elegidos de Dios para devolverles su Trono.

Pero su carlismo es más bien hijo de la aristocracia de su espíritu, de lo señorial y refinado de sus instintos; de los atavismos heredados al nacer... ¡Aquel Cotentin, poblado de viejos que florecían el recuerdo de la guerra santa por Luis XVI; aquella juventud bretona, que encabezaba sus cartas, románticamente: V. E. V., como un llamamiento, angustiado y heroico, al castellano de Frösdorff...!

Grave, solemne, muy gran señor siempre, Barbey d'Aurevilly atiende a todos con aquel gesto elegante y altivo, de rey, que supo llevar hasta su muerte con soberana dignidad



Sus novelas llegan a todos los rincones de Francia; sus polémicas periodísticas someten a su talento a todas las clases sociales; la atmósfera de *ancien regime* de que sabe rodearse, enrola a sus mayores enemigos en el número de los admiradores; y *entretanto*, es decir, durante sus ochenta y un años, Barbey bebe de la vida todo el jugo posible, para gozarlo y para llevarlo a su obra.

Porque éste, quizás sea el secreto de la perennidad de sus novelas: la vida, el torrente de vida que hay en ellas, y que las hace hoy tan actuales, como lo fueron al ser escritas. Acaso a este derroche de vida se deba también el que algunos acusaran varios de sus libros de inmorales, y la rudeza, la violencia de que le tacharon, a veces.

En su vejez va con frecuencia a Valognes.—Valognes le atrae como un hechizo, y hay una dulce, indecible melancolía en esta atracción misteriosa.

No quisiera salir ya más de Valognes.—Visita las iglesias de la ciudad, donde pronto le conocen los fieles; los nobles, «podridos de tradición» le visitan y le hacen una corte que envidiaría un monarca.

Pero el viejo novelista gusta de la soledad, ama los grandes salones de los mejores hoteles de Valognes, en los que se hospeda, y ama hasta la locura el viento, el viento huracanado y tremendo del Cotintín, ese viento, que por parecer el aliento de unos pulmones sobrenaturales, le traen el recuerdo de su infancia, mecida por el arrullo de lealtades heroicas, de afanes imposibles, como un bello romance.

Siente la nostalgia de los amigos que la muerte se llevó; escribe, escribe, escribe, clavada en el alma, la armonía del Pasado («hoy, 25 de Agosto, día de San Luis: ¡Vive le Roi!», dice en una de sus últimas cartas, a la amiga leal que asistió a su tránsito). Y una mañana de Abril, cuando la Pascua abría nardos en Versailles, y rosas cárdenas y amarillas en las Tullerías; soñando siempre con la Vida, que tanto amó, dulcemente, se nos fué, llevándose el mejor secreto que un artista puede negarnos: el hermoso secreto incitante de su yo sentimental: ¡aquel celibato que ni aún sus íntimos supieron explicarse; aquellos veinte años (1830-50) que fueron un misterio tenaz para la curiosidad de los demás... en aquella vida que sólo él vivió!

P e d r o            M O N T E R O            G A L V A C H E

Ayuntamiento de Madrid



Una lámpara de aceite—una sola—que Laura se ocupaba de alimentar a diario, iluminaba, vagamente, el presbiterio. El resto del panteón-iglesia permanecía en una densa negrura. Javier avanzó, despacio, tendidos los brazos para no tropezar. Había un olor lejano a flores y a incienso. Pasó por entre las tumbas de mármol negro, en las que fulgían inscripciones de bronce que hablaban de hazañas fabulosas, llevadas a cabo por aquellos abuelos suyos.

Se arrodilló junto a uno de los enterramientos de la nave central, descansó la cabeza y los brazos en la cruz que había sobre el pecho de la estatua yacente y se hundió en un mar confuso de pensamientos. El frío de la piedra le calaba la ropa hasta la carne.

A pesar de la soledad y el silencio que le envolvían, con el alma ungida de respeto, encontró amable aquel retiro. Poco a poco, las sombras que le llenaban el espíritu, caían a sus pies, como jirones de un fantasma de niebla que se desvaneciera ante la luz gozosa del Mediodía. Y un placer suavísimo, como licor viejo y oloroso, se derramaba en sus moradas interiores. Veía, con una divina claridad la falsedad de los argumentos que hacía un rato casi no supo combatir a Angelita. ¿Qué pasaba dentro de él...? Era, como si al arrepentimiento que con frecuencia le turbaba, se sumara ahora, la contricción decidida, la voluntad inquebrantable de no pecar más. Aquella voluntad, aquella decisión, que hacía fallar su conversión en los instantes críticos. ¡Ah...! ¡Sí en uno de estos arranques tuviera fuerzas para no volver más la vista atrás!

Un camino áspero que recorrer, unos pasos entre espinas punzantes, pero al final, la meta codiciada: la paz, la paz inmensa de los grandes místicos, a quienes no asustó el dolor de la inmolación.

Surgían en su cerebro los dioses que esclavizaron sus ímpetus de santidad, sus ansias vehementes de perfección: la ambición, la lujuria, el afán desenfrenado de una pobre inmortalidad humana, que después de alcanzada, no le bastaba. ¿Y acaso no fué un espiritual...? ¿No espiritualizó hasta los últimos linderos del refinamiento, aquellas pasiones que en los demás hombres eran groseras, despreciables? ¿Por qué, entonces, tantas veces le produjeron el mismo placer exquisito, eso que llaman amor carnal, y las emociones religiosas que iluminaron su niñez?

Decididamente, Angelita, con su impiedad voluptuosa, con aquellas caricias, que a él se le clavaban como mordeduras de un cáncer en el pecho, sólo había logrado exaltar la parte mística de su naturaleza. Desvanecida la ilusión, apagado el fuego de su pasión por la artista, quedaba triunfante, el marqués de Benalgar, místico y religioso, en el que sus vicios quizás no fueron más que desviaciones de ese misticismo.

¿Tornarían a florecer, por encima de este anhelo actual de purificación, las rosas de la decadencia, las flores malditas de un paganismo, no por falso, menos peligroso y temible? Y luego, aquellos argumentos de Angelita, que ya no significaban nada para él... También él había estudiado, con la sed de un errante a través del desierto, los sistemas filosóficos, las historias de las civilizaciones antiguas, los fundamentos de aquellas religiones muertas hace millares de años en el Oriente. Las religiones que dejaron reminiscencias en el Catolicismo. ¿Y podía ser esto una tesis contra la divinidad de la Iglesia Romana? ¿El culto, no tiene el mismo objetivo en todas las religiones: honrar a la deidad, aplacar su justicia, suplicarle favores? ¿Qué extraño, que la Iglesia de Roma, coincidiera, en su liturgia, con otras, ya desaparecidas? ¿Acaso esas coincidencias rozaban el dogma, o dañaban la moral? Y en cuanto a lo gigantesco del mundo natural, que a Angelita le hacía pensar en la candidez del drama augusto del Calvario, en la ingenuidad de la Creación, se le antojaban a él, pruebas magníficas, argumentos irrefutables de la existencia de una Inteligencia colosal, capaz de concebir y dar vida y orden y continuidad a esos milagros constantes.

También él agonizaba al contemplar los millones de estrellas que pueblan ese Universo del que la Tierra es sólo un átomo, pero la suya, era una agonía de admiración, de estupor hacia lo incommensurable del genio creador, y de humilde reconocimiento hacia el Dios que



# El Otoño del poeta

Novela por PEDRO MONTERO GALVACHE

XXVI

Bajó al parque, y vagó largo rato por los senderos y las alamedas que la fría claridad de la luna perfilaba de sombras espectrales. Cansado, fué a sentarse en el borde de aquella fuente, que otra noche, también de plenilunio, le oyó recitar los versos que Mari-Sol le pidiera, y hundiendo la mano en el agua, gozó el sedante de su frescura.

Sentíase fuerte, desterrada ya la anemia que le llevó al Palacio de Lis; y sin embargo, muy dentro del alma, notaba un dolor extraño; un dolor cortante y agudo, que no era sólo del alma, sino también de la carne.

Recordando la atroz confesión de incredulidad que acababa de oír a Angelita, aquel dolor se le clavaba en las sienes, en la nuca y en el pecho... ¡Oh, sí...! Era, como si un cinturón de hierro le apretara el cerebro y el corazón, estrechando, poco a poco, con una implacable mordedura, el abrazo, que parecía mortal.

Una ráfaga de aire helado, vino de la sierra cercana, filtrándose a través de los árboles, y le azotó el rostro y los costados. Un desmayo, mitad espiritual, mitad fisiológico, le rendía, lentamente, y le oprimía la garganta. Creyendo ahogarse, se llevó las manos, húmedas, a la cara, y murmuró:

—No, morir, no... No quiero morir todavía...

Se levantó y siguió su paseo por las alamedas y las sendas que la fría claridad lunar llenaba de sombras espectrales. A su paso, las rosas deshojaban blandamente sus pétalos sobre la tierra de los caminos, florecida de verdín, y los pájaros, asustados, volaban de los nidos y en las ramas de las palmeras, los pavos reales alzaban el coro de sus chillidos, y abrían perezosamente, las colas, a las que la luna arrancaba magníficos destellos. Mientras subía la escalinata de la terraza, contó las campanadas que sonaban en el reloj de una de las torres de Palacio. Eran las diez. Demasiado tarde para una noche de diciembre avanzado, en aquella soledad, donde los hombres se acostaban al anochecer, para empezar las duras labores del terruño, antes de salir el sol.

Ahora, a pesar de ello, no dormían aún los labriegos... A lo lejos se oían armonías confusas de panderos, de palillos, de zambombas, y unas voces sencillas cantando alegres y devotos villancicos.

Javier se detuvo a escuchar, en medio de la terraza. Todo le hablaba, en aquel rincón olvidado de las montañas andaluzas, de una paz que él, aunque la conoció y la deseó, no pudo gozar nunca. ¿Por qué, Señor...?

Atravesó el vestíbulo, dos o tres salones espaciosos, recargados de filigranas en las que el gótico se entregaba a una decadencia sensual, y abriendo una puertecita oculta por un tapiz flamenco, se aventuró, a oscuras, en la estrecha galería en pendiente.

Era una bajada a la capilla del Palacio, construida por una marquesa de Benalgar que vivió en el siglo XVIII con fama de santa; y gustaba descender a la iglesia, de rodillas, rezando el Vía-Crucis en aquel corredor inclinado, en cuyos muros colgaban, medio borradas por los años, las figuras de la Pasión de Nuestro Señor.

Con el espíritu sobrecoigido de un sagrado terror, el marqués de Benalgar llegó al recinto que albergaba las cenizas de sus abuelos.



esqueleto con ojos penetrantes, amortajado en albornoz, que es González Rajel, va desenrollando la película de sus sueños sobre la pantalla de nuestra atención y desfilan solemnes o hieráticos, jocundos o graves los esqueletos vivos de su invención, ya como aquel Hombre de Palo de Juanelo, que bajaba al Tajo por agua en la imperial Toledo, ya dinámicos, a imitación y semejanza de aquella «Canina» de Valdés, que pasa hollando símbolos y alegorías, con el ataúd bajo el brazo; humanas osamentas galvanizadas por la imaginación del artista inconscientemente enamorado de «La Intrusa» como Mauricio Maeterlinck, de «La Intrusa» que lo asedia y lo solicita y, lunática del misterio, inquieta y enmudece a los ruiñesores y a los cisnes de las abstracciones del artista, igual que a los del parque, lunático en brazos de luna, de la producción maeterlinckiana.

La Pálida, la Lívida, la Ebúrnea, la Gélida, la Silente lo ama y lo inspira: lo acaricia con los cinco sarmientos calisos y lo besa con sus labios sin labios, con sus fauces de sombra; le enciende en la fosa de su cerebro fuegos fatuos de ideas, le corona el cráneo de pensamientos y le llena de emociones el corazón y, mientras el carnaval de los muertos se celebra permanentemente en el parque de los callados, con diluvio de lágrimas de talco, este cuerdo orate del pincel—lograda paradoja—llena las necrópolis de los vivos de optimistas esqueletos vitales, poniendo una sonrisa en la inerte como una flor de fuego en losa de hielo, en lo funeral de mañana, presumido tras lo vivo de hoy.

Aquí pasa el Estrecho el Generalísimo con ingente paso simbólico, digno del propio Atlante en su mítica culminación; allí Queipo de Llano se estiliza marcial con su mayor poema, que es su Andalucía liberada, como el Tasso con su Jerusalén; acá don Hermógenes cabalga en Clavileño, que se lo ha prestado Don Quijote para el símbolo nacional de esta hora; acuyá Andrés Segovia sueña con la plástica del sonido que se ingravidiza en el aire, ante una gigante guitarra, hueco torso femenino de leño, caja de resonancias de las cordiales palpitaciones: ante la «sonanta bari», eco plastificado del alma milenaria de la Bética, fuente de inspiración de Albéniz y de Falla, consagrada en la copla andaluza por el arte de Romero de Torres; ya se enfrenta una bailarina en audaz posición chabacana, metamorfoseada en pudibunda, a fuerza de ser descarnada, desprovista de carne mortal; ya la calavera de Benavente se dibuja mefistofélica y filosófica y medita bunda como una sombra ósea de Cervantes o Shakespeare; ya el autorretrato del pintor, en una calaverada humorística, muestra su calavera en marco de esquelética mano con pincel y de plano con ciprés penitente; ora una niña muerta se escorza, encendida en carmines dramáticos; ora el triunfador combatiente ondea en el aire materno la hoguera nacional en vuelo de llamas. Esta Independencia sin Goya, no obstante, muestra en distintos planos que el gigante de Fuendetodos, plastificadores intérpretes que esbozan las épicas estelas de la nave de las victorias.

A González Rajel, que engendra, concibe y produce a la sombra del sepulcro de Valdés Leal y celebra exposición de sus obras junto al arquillo de Mañara, atraen, sugestionan y sorben los espíritus del Venerable del Discurso de la Verdad y del Kempis de la Pintura, que le eriza el vello de escalofriante emoción.

Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN



## Un rato a "Esqueletomaquia"

En la collación de San Andrés, donde hallara cuna en el féretro, al nacer a la inmortalidad, el pintor de las gusaneras; frente al templo de la advocación de aquel santo, en cuyo regazo fueran sepultados los restos mortales de este artista, que ceñía coronas de sol y mitras de nieve a los cráneos desnudos, hemos visto en la noche novembrerina, mientras gemían las campanas, los dibujos y las acuarelas de Carlos González Rajel, inventor de la «esqueletomaquia», hombre «Rayos X», radiógrafo del arte, que desnuda de carne mortal a los humanos, para retratarlos en esqueleto, con un ritmo casi musical, que parece inspirado en la «Danza macabra» de Saint-Saëns.

Bajo el cráneo de cal y canto de una casa de huéspedes, cuyas cuencas se abren a la faz del templo vetusto elegido en el siglo de oro para tumba de Valdés Leal, nos muestra

González Rajel sus pictóricas fantasmagorías, su extensa serie de acuarelas fantástico-lunáticas, que se nos antojan paneles de vitrales macabros, diseños de trascorros audaces, metopas de frágiles frisos funerales de liviano papel, plásticas mortuorias a «priori», gráficas narraciones contemporáneas, que, no obstante, nos conducen por la raíz a la tierra pretérita y nos hacen pensar en Edgardo Poe y en Gustavo Doré y nos sugieren visiones de Orcagna y del Bosco y alegorías de Brueghel.

Y, ante la vista atenta, este dinámico

ESQUELETO MUSICAL DE ANDRÉS SEGOVIA (Carlos Rajel)





había puesto en su alma aspiraciones infinitamente superiores, a esas proporciones enormes que asustaban a la artista.

Y el Misterio adorable de la Eucaristía, le llenaba de un asombro, de una gratitud sin límites. ¿Qué creencia pudo nunca rendir culto a su Dios, sacrificándole como víctima a ese Dios mismo?

La Eucaristía, era la síntesis armoniosa de todos los dogmas, la cúspide de ese edificio in-conmovible que es la Iglesia, consecuencia lógica, corolario fatal, si se acepta la premisa de la existencia de Dios; de esa existencia que no es posible negar según confesión de Angelita, sin estar loco.

Cansado, transido del frío de la tumba, pero tranquilo, sereno, se levantó y salió de la capilla. A su paso, una sombra se movió en el saloncito-sacristía, y se dispuso a seguirle.

—Pero, Laura, ¿qué hacías ahí, mujer?

Su tono era dulce, afectuoso...

—Esperaba al Señor... Como el Señor no ha cenado todavía, y es ya tan tarde... Es casi la madrugada...

Javier no quiso dar a la vieja criada el espectáculo de sus íntimos sentimientos, y se hizo servir en su gabinete, una cena ligera, fría, y una taza de té.

Mientras le servía, Laura le contó que Angelita estuvo esperándole largo rato en el comedor, antes de sentarse a la mesa.

Como tardaba tanto, comió sola—no quiso que avisaran al Señor—y se encerró en sus habitaciones.

Laura decía que hasta la media noche, Angelita estuvo arreglando sus ropas y sus alhajas, y escribiendo unas cartas. Ella lo había visto todo bien, porque no pudo resistir la tentación, y se asomó por la pequeña cristalera que había sobre la puerta de entrada. Por cierto, que la curiosidad y el azoramiento, estuvieron a punto de derribarla de la escalera que se vio obligada a utilizar.

—¿Será que se va, Señor?—se atrevió a preguntar al marqués.

Pero Benalgar no contestó, y la vieja salió a la galería, acariciando entre sus manos arrugadas, el rosario que siempre llevaba en un bolsillo del corpiño de lana, y besando su cruz de madera y plata, que le regaló un misionero, enriquecida con no sabía ella cuántas indulgencias.

## XXVII

—Acércate, Javier. Tenemos que hablar.

Se acercó Javier al ventanal abierto sobre el parque de Lis. Sus ojos oscuros se bañaron en el mar de luces que la artista agitaba en un cofre tapizado de seda. Angelita se enorgullecía de sus alhajas, y las cuidaba siempre con un mimo infinito, acariciándolas, contemplándolas una y otra vez, como el creyente enamorado de un rito. Le encantaba el oriente de las perlas, las labores antiguas del oro y el platino, y sobre todo, la luz purísima de aquellos brillantes, que valían una fortuna regia... Las iba limpiando suavemente, con una gamuza muy fina, y las guardaba en los estuches, pulidos, como conchas marinas.

Mientras, hablaba al aristócrata, con voz cálida, llena de una honda emoción:

—¡Qué mañana!, ¿verdad? El aire tiene una transparencia como de milagro. ¿Por qué no haces unos versos? El paisaje es de los que siempre te inspiraron. ¿Oyes los ruidos del jardín? ¿No te marea un poco el perfume que sube hasta nosotros?

No, no le mareaba aquel aroma apagado de nardos y rosas, mezclado con el tímido olor de las primeras violetas. Era un perfume lejano, que saturaba el alma de una paz inefable, bien distinto de ese otro, incitante y cargado, de la Primavera.

Insinuó Angelita, con aquel acento dulzón, que antes era irresistible para él:

—¿De veras no te inspiras?



Se apoyaba en su brazo, y le estrechaba una mano, fingiendo vacilaciones que no sentía, escudándose en una ingenuidad encantadora.

Callaba el marqués de Benalgar, como ajeno a la voz temblorosa que le asediaba, hundidas sus potencias en el encanto del jardín...

Angelita dobló la cabeza sobre el hombro del aristócrata, y lloró, vencida por una congoja que le apretaba el pecho, con punzadas dolorosas:

—Otra vez te pierdo, Javier... Y ahora, quién sabe si ya para toda la vida...

Había tanta sinceridad en el acento, tanta amargura y desesperación, que Benalgar sintió subirle a los labios una angustia trágica, una compasión caballeresca y altiva:

—No. ¿Por qué se te ocurren esas cosas? Me tienes a tu lado; te quiero como nunca...

—¡Ay, no! Te conozco y sé que te gustaría engañarme, para no hacerme sufrir... No creas que me quejo; no es nada inesperado lo que me pasa.

El fué a protestar, pero ella le puso la mano en la boca, y no le dejó excusarse.

—Hace unos días, la tarde aquella de nuestra última discusión religiosa, en la terraza, comprendí que me jugaba tu amor al azar. Odiaba tus fantasmas; hasta entonces, hice por rehuirlos, pero aquella tarde los desafié, con la loca ilusión de vencerlos. Te veía combatido por ellos, asediado, y los desafié antes de que te esclavizaran por entero. Y me vencieron, Javier. Como en tantas otras ocasiones te vuelven a arrastrar, y me alejan de tí. Ellos y yo, somos dos mundos irreconciliables; jamás tendrás paz si no te decides, si no eliges con una voluntad implacable... Y tú, para vivir, y sobre todo para morir,—óyelo bien, Javier—para morir, necesitas acabar ese duelo formidable que hay dentro de tí.

—No hablemos de esos fantasmas. A fuerza de odiarlos, te acosan tanto como a mí.

—Porque nos separan... Son las sombras que nublarán nuestra dicha.

—No hablemos de ellos—repitió con desaliento.

—Sí, sí. Hay que matar esta agonía, y yo no quiero ser una dificultad en tu conversión... No quiero que me aborrezcas.

Se detuvo. La respiración anhelante le alzaba el pecho con un temblor vivísimo. En sus ojos negros había un brillo como de fiebre. Ahogando la lucha enorme que en su interior se libraba, exclamó:

—Me voy, Javier. Me voy muy lejos. En América me esperan el fervor y los aplausos de unos públicos que me adoran hasta el fanatismo. Vuelvo a mi vida, a la vida que me embriagaba antes de conocerte. Sólo por tí la dejé, porque sólo tú encendiste en mí la hoguera de esta pasión infernal que me consume. Sé que no hay otro hombre como tú, que no seré jamás lo feliz que he sido a tu lado. Porque tú eres el mito que yo soñé y que jamás creí alcanzar.

—¿Por qué nos conocimos, Angelita? Yo también te soñé, y de no habernos conocido, seguirías siendo para mí, esa sombra imposible que acaba siéndonos íntima, familiar, y deja así de sernos un tormento.

—No te arrepientas. Vivamos en adelante del recuerdo. Y si algún día superas tus combates desvaneciendo tus fantasmas, o te entregas, cobarde, y los traicionas, piensa que son ellos el único obstáculo que hay en nuestro camino. Y volveré. Entretanto, no olvides que yo prefiero perderte, antes que seguir esta guerra atroz.

Se miraban a los ojos, en la claridad templada de la mañana otoñal, perfumada y serena, unida de un silencio solemne...

Todo el pasado surgía en una cabalgada fantástica, cuajada de sombras, de chispazos rutilantes, que brillaban, un punto, en sus cerebros y se apagaban, para ser sustituidos por otras sombras y otros chispazos.

Eran luces rojas, de un azul eléctrico, de un verde cárdeno, blancas, con una blancura que lastimaba la vista, y martilleaba las sienes y desvanecía la cabeza. El vértigo enloquecedor del último segundo de vida consciente, y de ese instante, en que se rompen en las almas, lazos más fuertes que la vida.

(Se continuará)



## BIBLIOGRAFÍA

**"CONTORNOS".—Poemas de Sebastián SOUVIRÓN.—Málaga, 1938.—Prólogo de José María Pemán.**

Dedicado con la camaradería que ya de antiguo es peculiar en Sebastián Souvirón, hondo amigo, animador incansable, estímulo perenne de nuestra Revista en la bella ciudad de Salvador Rueda, nos llega a las manos este libro del director de "SUR", atalaya nacional-sindicalista en la costa española, voz alzada en el viento andaluz, brazo tenso en el músculo de cantar a España y bandera alegre contra los aires.

"CONTORNOS", haz de poemas de contextura clásica en el fondo, aunque de sabor modernísimo en la agilidad de la forma, es un acierto en todo. En la intimidad del tamaño, que tiene aspecto de breviario de capilla para rezar a la hora del alba; en el trazo de cada uno de los versos, suaves, lentos, con esa agilidad de señorío con que el pensamiento de un poeta verdadero sabe adentrarse, buscándola, en el alma de cada uno de los que saben leerlo. Así, por ejemplo, ese magnífico poema: «Pasas tú...» o esa espléndida elegía en honor de los Caídos, o la gracia de ese cielo de Cádiz que se vistió de torero o la agilidad granadina (¡Ay, Sacro Monte!...) de aquel romance dedicado a los muertos en la tarde del Jueves Santo, tal vez lo más expresivo y popular que haya escrito Sebastián Souvirón en verso.

En la nueva Literatura de España, "CONTORNOS" ocupará un lugar destacado en ese rincón amable, donde mañana nuestros hijos leerán las gestas de los forjadores de la España imperial. Y dirán, con Sebastián Souvirón: "...Y Dios estuvo allí".

**"LOS REINOS DE SECRETA ESPERANZA".—De Carlos Rodríguez Spíteri: Imprenta DARDO, Málaga, 1938.**

Este amplio poema del buen poeta malagueño Rodríguez Spíteri, antiguo colaborador de la revista "ISLA", está dividido en tres partes, tituladas: *Con la flor en la mano, Dentro de la Soleidad, Antes que lleguen las sombras...*

Es un alarde de formas nuevas. Leed, verso por verso, estas estrofas:

*Tu nombre, tu recuerdo, tu presencia,  
es detenerse en la noche,  
es no saber ya acompañar a ninguna mujer.*

de la primera parte mencionada. Tienen una fuerza en la metáfora viva y extensa, que nos hace, dentro del alma, repetir su música.

*Todo te sigue al andar, los arroyos, la noche,  
la sombra fiel al árbol y la espada,  
y la lágrima que se confunde en la nieve.*

Nos da una extraña sensación de otoño. Esos tiempos cerrados y grises en que recordamos, con nostalgia, los años primeros de la vida.

Y repetimos, para nosotros...

...todo te sigue al andar, los arroyos, la noche...

Todo gira ante tus ojos, mujer que has sabido inspirar ese maravilloso poema, de contextura exótica para la Preceptiva, pero de una libertad que no desgrana la intensa disciplina interior con que está concebido.

Bienvenido a nuestras páginas, Carlos Rodríguez Spíteri. Y le enviamos nuestra cordial acogida por este bello poema, del que se ha hecho una muy cuidada impresión de 150 ejemplares numerados, uno de los cuales hemos tenido la fortuna de recibir, amablemente dedicado por el poeta malagueño.



**"LA SIERRA DE CADIZ EN LA LITERATURA".—Discurso de P. Pérez Clotet, pronunciado en su recepción como Académico de la Hispano-Americana de Cádiz. Tipografía Salvador Repeto: 1937.**

Pero PEDRO PÉREZ CLOTET, nuestro dilecto amigo, llegó a la Academia Hispano-Americana de Cádiz, con los máximos honores. Ya en el discurso del Académico protector D. Manuel Martín de Mora, puede leerse, con detenimiento, el estudio detallado que hace de la personalidad del poeta de "TRASLUZ", y a través del cual analizamos toda la vida literaria de Pérez Clotet. Porque si llegar a una Academia es coronar la subida de un camino, entrar en ella con los méritos de Pérez Clotet es alcanzar la cumbre conservando el aliento amplio y henchido para continuar en ella. Toda la trayectoria poética de Pérez Clotet es una línea recta.—SIGNO DEL ALBA, TRASLUZ, A LA SOMBRA DE MI VIDA,— con el viento fuerte y ancho de su tesis doctoral, puesta en el centro del camino, para aquellos que entendían que la lírica, como posibilidad perenne de crear, estaba reñida con la erudición. Cuando se tiene contextura literaria, verdadera potencia de imágenes y una inteligencia clara y abierta, capaz de todas las pruebas, se salta de la poesía al estudio y se retorna, de nuevo, con la frente abrasada, a la intimidad y a la canción. Lo que no puede explicarse nunca es el ánimo poético que se encierra en los dos metros cuadrados de sus habituales inspiraciones, y no desciende jamás al hontanar para ofrecernos el agua que sólo ellos debieran recoger. Pérez Clotet tiene una obra rotunda, lograda. Tres libros poéticos, serenos, de buena poesía, suficientemente comentados ya para que nosotros volvamos ahora sobre sus páginas, un estudio admirable de la POLITICA DE DIOS, de Quevedo, y este discurso bellissimo, prodigio de citas amables, recogidas todas, como un cancionero popular oculto en la vena del olvido, por su pluma ágil, desasida de los tópicos, honradamente bella y noble.

LA SIERRA DE CADIZ EN LA LITERATURA ofrece, como primer valor que lo destaca entre todas las recepciones académicas que conocemos, la originalidad del tema, y la forma de exponerlo. Porque no escogió uno de esos temas áridos, inacabables, con que se suele buscar la postura obligada de transformador de la lengua madre. Sino un tema que vivía en el ambiente abrupto de la sierra. En la hondonada de esa bella sucesión de pueblos—Ubrique, Benaocaz, Villaluenga, Grazalema—que tanto han influido en la vida del poeta gaditano. Y ha sabido abrir el comentario al viento de la serranía y cerrarlo completo, terminado, como una perfecta simetría artesana.

Este nuevo libro se lleva a los paseos lejanos de la ciudad. Yo he sentido, hechas realidad viva, casi todas las frases y giros de Pérez Clotet:

Dice en la página 40 del texto:

"Y conocer la Sierra gaditana, es saber de la reciedumbre física y moral de sus habitantes, de su austeridad y laboriosidad, de su amor a su tierra, de su profunda religiosidad, de su espíritu vivo y despierto".

"De su profunda religiosidad...": es cierto, profundamente cierto y bello esto que afirma Pérez Clotet. Porque en las claras mañanas del andar por la serranía de Cádiz, ellos, los hombres, que van por sus caminos, a la labor o de regreso de la era, dicen, con los ojos iluminados de manse-dumbre, el sereno "A la paz de Dios...", que nos llega tan hondo y perfecto, en la soledad del camino. Profunda religiosidad que el poeta ha sabido captar como nadie en esa su diaria comunión con el aire y la serenidad de la sierra.

El discurso-contestación del Académico D. Manuel Martín de Mora, es una pieza literaria, sentida, generosa, abiertamente amable. En ella muestra su júbilo por la llegada del nuevo Acadé-

mico y felicita a todos los compañeros de tarea, porque Pedro Pérez Clotet aporta a la Corporación su juventud unida a su claro talento, del que tantas pruebas nos tiene dadas.

Nosotros, viejos amigos y camaradas en la Falange, del poeta Pedro Pérez Clotet, acogemos con alegría su nuevo éxito, y hacemos votos porque vengan a nuestras manos, para solaz del espíritu y esparcimiento del ánimo, muchos libros de la talla del que hoy comentamos en estas páginas.



L u i s                      D E                      B A R J A



## Talleres Tipográficos

**M. MARTIN**

José C. Díez, 7. - Telf. 1259 - Jerez

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos.

Yo la he bebío,  
la mejón manzanilla  
y iolé!  
la de «El Rocío».

Yo la he bebío,  
la mejón manzanilla  
y iolé!  
la de «El Rocío».

**Vda. de R. Manjón**

**Sanlúcar de Barrameda**

**ARTURO  
REDONDO**

**Contratista de Obras :: Materiales de Construcción**  
**TELÉFONO 1858**

**C A D I Z**



## NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica. - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Telf. 1928

MANUEL FERNANDEZ Y C.<sup>A</sup>, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA - COÑAC PLUS ULTRA  
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

J. FIALLO

E. RIVELOTT

Trabajos fotográficos de todas clases.  
La más visitada. - - -

Tapones CORONA

Taller para Aficionados.

Precintaje en general

SANTA MARÍA, 15.

JEREZ

General Sánchez Mira, 25.

JEREZ

## CASA PALACIO

✻✻ Fábrica de losetas y piedra artificial. ✻✻

Artículos sanitarios.—Bañeras.—Lavabos.—Bidets.—Inodoros.—Calentadores.—  
Duchas.—Accesorios.—Azulejos de todas clases.—Zócalos de dibujos.—Alicatados  
de azulejos finos para cuartos de baño.—Material de construcción.—Instalaciones  
de IDEAL CLASSIC.—Proyectos y presupuestos gratis.

Concesionario de URALITA, S. A.

Exposición y Oficina: Plaza General Primo de Rivera, 1. :: Teléfono 1251

Fábrica y Oficina: Calle Sor Eulalia, 40, 45 y 47. :: Teléfono 1274 :: JEREZ



## DE NUESTRO PRÓXIMO ÍNDICE:

### TEXTO:

MILICIA HACIA DIOS . . . . .	«Cauces».
CANCIÓN DE GUERRA . . . . .	M. Barroso.
ELEGÍA DE LOS CAÍDOS DE ESPAÑA . . . . .	Sebastián Souvirón.
A LUIS DE CAMOENS . . . . .	F. de los Ríos y de Guzmán.
DE TOLEDO PARA EL MAR . . . . .	Eugenio de Castro.
(Traducción de Adriano del Valle)	
ORQUÍDEAS . . . . .	F. Gómez de Travedo.
GACELA DEL MARINERO PERDIDO . . . . .	Juan José Fernández.
SALMO DE LA ANGUSTIA. . . . .	Francisco Montero Galvache.
ROMANCE DEL AMOR CAMBIADO. . . . .	Rafael Manzano.
OLÍAS DEL REY . . . . .	Adriano del Valle.
CAMPO, VIÑA, MOSTO Y SOL . . . . .	Luis Pérez Solero.
INTRODUCCIÓN AL CANTO LIBRE. . . . .	José María Pemán.
EL SENTIDO DE LO JUSTO EN LOPE DE VEGA.	Angel Rodríguez Pascual.
LA OBRA NACIONAL ITALIANA «DOPOLAVORO».	Lutgardo López Cayetano.
(Comentario)	

<u>BIBLIOGRAFIA:</u> . . . . .	Luis de Barja.
--------------------------------	----------------

- «JEREZ DE LA FRONTERA: GUÍA DE ARTE», de Manuel Esteve.  
«ZIG-ZAG LITERARIO», de José Sanz y Díaz.  
«NORMA Y ESTILO» (hojillas de la Delegación de Propaganda de Sevilla).

### ARTE:

FOTOGRAFÍAS DE MARGARA MUNTANER Y LUIS PÉREZ SOLERO..

FOTOGRAFADOS  
DE  
«FOTO CASTILLA»

### **EDITORES:**

Francisco MONTERO GALVACHE  
José María HERNÁNDEZ - RUBIO  
y Pedro MONTERO GALVACHE

J E R E Z   D E   L A   F R O N T E R A





**PARA EXCELENCIA GONZÁLEZ BYASS**